

GÓMEZ DE AVELLANEDA, GERTRUDIS (1814-1873)

*LA HIJA DE LAS FLORES O TODOS ESTÁN LOCOS*

PERSONAJES:

FLORA

TOMASA, jardinera, esposa de

JUAN CANTUESO

EL BARÓN, padre de

DOÑA INÉS DE POVAR

DON LUIS, sobrino de

EL CONDE DE MONDRAGÓN

BEATRIZ, nodriza de DOÑA INÉS

CRIADO 1.º

CRIADO 2.º

La escena pasa en una casa de campo de las inmediaciones de Valencia, y a corta distancia del mar. Época para los trajes, siglo presente, allá por los años de 10 a 20

ACTO PRIMERO

Jardín espacioso, con grupos de frondosos rosales y otros arbustos floridos. A la derecha del actor, fachada y puerta de una casa de campo; al fondo, una verja con puerta que da entrada al jardín; detrás de la verja, casi en el centro, un poco hacia la izquierda, pero también en el foro, una pequeña glorieta o cenador, cubierto de verdura. Dos bancos de piedra a derecha e izquierda del proscenio, y algunas sillas rústicas. Al levantarse el telón comienzan a aparecer los albores matinales

*Escena I*

Tomasa y Juan

(Salen ambos de la casa.)

TOMASA

¡Jesús! si amanece apenas.  
¿A qué privarme del sueño  
a tales horas?

JUAN  
¡Eh! calla;  
que es un potro de tormento  
la cama, con calor tanto.

TOMASA  
Para mí no; sin objeto,  
sin motivo madrugar...

JUAN  
Mujer, según reza el pliego  
recibido ayer, ¿no vienen  
de aquesta finca los dueños,  
hoy veintisiete de junio?

TOMASA  
¿Y qué?

JUAN  
¡Qué!... seis aposentos  
mandan preparar; ¡es nada!  
y hay que tenerles almuerzo  
prevenido, y muy temprano.

TOMASA  
¡Ya! Si te tomas a pecho  
lo que no es de tu encumbencia...  
Somos aquí jardineros  
y nada más.

JUAN  
Yo no digo  
que no; pero el amo mismo,  
desque murió el tío Robles  
(que Dios lo tenga en su reino),  
de su propio puño y letra  
me escribió en estos conceutos:  
«Juan, en tanto que decido  
quién ha de ocupar su puesto,  
tú harás en todo y por todo  
las veces del probe muerto.»  
De lo dicho acá, dos meses

van corridos, y de nuevo  
nada ocurrió; conque, así,  
soy mayordomo de hecho.

TOMASA

¡Pues!, ¡oficio sin salario  
le place al amo, lo creo!  
Como te ven un Juan Lanás,  
abusan.

JUAN

Que agusen, bueno;  
el caso es que yo hablo gordo  
y gozo todo el respeto  
de mayordomo. ¿No has visto  
que a mí mismo, a Juan Cantueso,  
vuelve a escribirle nuestro amo,  
y con letrones tan gruesos?  
(Saca un papel.)

TOMASA

Dame acá. Con mi jaqueca  
de ayer, casi no recuerdo  
lo que dice la tal carta.

JUAN

Lee y verás.

TOMASA

Sí que leo.  
(Leyendo.)

«Buen Juan, tu antigüedad en mi servicio, y las otras circunstancias que te recomiendan, merecen la preferencia que hago de ti, para anunciarte que mi hija y yo hemos determinado pasar algunas semanas en esa casa de campo, donde almorzaremos, si Dios quiere, mañana veintisiete de junio.»

JUAN

¿Ves?

TOMASA

¡Qué antojo repentino!

JUAN

¿Qué hemos de hacer?... lo tuvieron.

TOMASA (Que continúa leyendo.)

«Acaso antes que nosotros, llegarán mis amigos el conde de Mondragón y su sobrino don Luis»...

Conque, ¿también convidados?

(Representando.)

Pues, señor, yo me divierto.

¡Tanta gente a que atender,  
sin más criada que el trastuelo  
de Blasa, que es tan inútil,  
tan holgazana!...

JUAN

Pacencia.

El amo...

TOMASA

El amo es un viejo  
insufrible, estrafalario.  
Ha seis años por adviento,  
que pisó aquellos umbrales  
la vez postrera.

JUAN

Es muy cierto;  
un día estuvo y no más.

TOMASA

Como es la corte su anhelo,  
allá se fue desde entonces  
hasta hace poco que ha vuelto  
a Valencia, y -según dicen-  
más maniático y más terco  
que nunca.

JUAN

Vamos, Tomasa,  
recuerda que el pan comemos  
en su casa, y no te pongas  
a murmurar sus defeutos.  
Cada uno cual Dios lo hizo.

TOMASA

De lo que más me sorprende  
es de que venga su hija.

JUAN

Por conocerla me huelgo.

TOMASA

Yo, de moza, tuve entrada  
en aquel semiconvento  
de su tía.

JUAN

En paz descanse.

TOMASA

Como hay algún parentesco  
entre Beatriz, su nodriza,  
y mi padre, el privilegio  
de visitarla alcanzaba,  
y en verdad que era un portento  
de hermosura por entonces  
doña Inés; no sé si luego...

JUAN

¡Bah! de aquel tiempo al presente,  
veinte años hay de por medio.

TOMASA

Dime, ¿y vendrá la Beatriz  
con doña Inés?

JUAN

Volveremos  
a ver la carta.  
(La saca.)

TOMASA

No, hombre.  
Si Beatriz viene, me alegro  
del antojo del Barón;  
llegue en buen hora.

JUAN

Tu afeuto  
por ella es justo; no hay cosa  
más natural.

TOMASA (Con ironía.)

¡Por supuesto!

¡Como se porta tan bien!...  
Ya ves, no rompe el silencio  
que guarda, va para un año;  
y aun hace más no merezco  
que, de memoria en señal,  
me haya mandado un pañuelo,  
una cinta, un alfiler...  
¡Venga! ¡Venga! Yo prometo  
que me ha de hallar una cara,  
que, quiera o no, la dé miedo.

JUAN  
Mujer, pues no haces justicia;  
que a la Beatriz le debemos  
el estar doce años hace  
en posesión del empleo  
que nos da el pan.

TOMASA  
Me parece  
que no estábamos hambrientos  
allá en casa del Marqués,  
cuidando su hermoso huerto,  
cuando el Barón nos llamó  
-de la nodriza al empeño-  
para darte plaza igual  
a la que dejabas.

JUAN  
Ni ego  
la igualdá, que gano aquí  
el doble, y a más campeo  
por mi respeto en la casa.

TOMASA  
Y a no ser por mis aumentos,  
¿hubiera yo a Castellón  
dejado? No, ni por pienso.  
El Marqués era un buen amo,  
¡y qué jardines aquéllos!...

JUAN  
Allá, Tomasa, hizo Dios  
un milagro en favor nuestro;  
pues -a falta de hijos propios-  
nos dio el ángel a quien quiero

más que a mi alma.

TOMASA

Le hace daño  
de ese cariño el exceso.

JUAN

¿Daño?

TOMASA

No poco: tu primo,  
que hoy logra ser nada menos  
que capitán de un buen buque  
mercante, con más dinero  
que un judío, y con más años  
que...

JUAN

De ese asunto no hablemos.  
¡Mujer! Me tiemblan las carnes,  
¿qué digo carnes?, los güesos,  
al recordar que has querido  
entregarle mi embeleso  
a un extraño.

TOMASA

A un viejo rico,  
solterón sin heredero,  
y pariente tuyo.

JUAN

¡Calla!

TOMASA

Quiere tener el consuelo  
de prohijar a una joven  
honrada...

JUAN

Yo no me meto  
en lo que él quiera.

TOMASA

¡Egoísta!  
¿No ve tu cariño ciego  
lo mucho que gana Flora

si, según promete hacerlo,  
tu anciano primo la adopta,  
y cuando muera...?

JUAN

Acabemos.

¿Quisieras tú que mi niña,  
revuelta con marineros,  
corriese por esos mundos  
siempre al capricho del viento?

TOMASAA

México va Beltrán,  
y éste es su viaje postrero.  
Bien sabes piensa fijarse  
en aquel tan rico suelo,  
donde ya tiene una casa  
y tierras, y...

JUAN

Buen provecho.

TOMASA

Si adopta por hija a Flora,  
como anhela...

JUAN

No consiento.

TOMASA

Pues le impides su ventura

.

JUAN

¡Llévrsela allá, tan lejos!  
¡No quiero, no! ¡Voto a cribas!

TOMASA

Conque, ¿no cedes?

JUAN

No cedo.

TOMASA

¿No me das gusto?

JUAN

No doy.

TOMASA  
¿Te rebelas?

JUAN  
Me rebelo.

TOMASA  
Saldrá del puerto mañana  
la Tisbe.

JUAN  
¿Sí? Le deseo  
feliz viaje.

TOMASA  
Y por ser tú  
tan obstinado y tan necio,  
pierde la niña un buen padre  
que la deparaba el cielo.

JUAN  
Sin padres vino a este mundo,  
y se pasará sin ellos.

TOMASA  
Corriente; pero ¡cuidado  
con la lengua!... Te lo advierto.  
No hay que hablar con los señores  
de Flora, ni del misterio  
de su origen.

JUAN  
¿Por qué causa?

TOMASA  
Primera, porque lo ordeno.

JUAN  
Ya!

TOMASA  
Segunda, porque a nadie  
le interesa aquel secreto;  
y tercera, porque basta

para callar un suceso  
saber que aunque lo oigan muchos  
ninguno habrá de creerlo.

JUAN

¡Eso sí! que es tan extraña  
la cosa... pero ¿qué debo  
responder si ven a Flora  
y me preguntan?

TOMASA

¡Mostrenco!,  
respondes que es hija tuya,  
y hete aquí que acaba el cuento.  
Además, pueden no verla;  
bien sabes cuál es su genio  
y cómo huye de las gentes.

JUAN

Las flores son su universo.

TOMASA

Desde que viste aquel traje  
tan rico y tan pintoresco,  
que hace que al verla se rían  
pescadores y labriegos,  
le agrada más andar sola,  
y yo misma apenas puedo  
echarla la vista encima.  
¡Oh! ¡no sabes lo que peno  
con la tal niña! Es muy mona,  
tiene donaire, despejo,  
buen corazón; mas carácter  
tan caprichoso y travieso,  
no vi jamás.

JUAN

¡Vida mía!,  
me tiene embobado, lelo.  
¡Es tan relinda!

TOMASA

¡Y tú eres  
tan padrote!

JUAN

Lo confieso.

TOMASA

Me la pierdes con tus mimos,  
y te gastas el dinero  
para adornarla a su antojo.  
En fin, pues huéspedes tengo,  
despertaré a los criados.  
Lo que es ella, ten por cierto  
que ya no estará en la cama.  
Por más que grito y pateo,  
no consigo que la aurora  
la halle jamás bajo techo.

JUAN

Bueno es que madrugue.

TOMASA

En cambio,  
aún estará como un leño  
la posma de Blasa.

JUAN

Escucha...  
debe haber alguien despierto:  
me parece que oigo ruido.

TOMASA

Sí que lo hay, mas no es adentro.  
¡Juan!, galope de caballos...

JUAN

(Acercándose a la verja.)  
Serán el Conde y su deudo...

TOMASA

¡Ay Dios!, ¡tan de madrugada  
se nos vienen!...

JUAN

Dicho y hecho.  
Se paran ante la verja...  
Echan pie a tierra...

TOMASA

Abre presto.

JUAN (Abriendo.)  
¡Qué guapo mozo es el uno!

TOMASA  
El otro tampoco es feo.  
Aquí están.

*Escena II*

Tomasa, Juan, el Conde y don Luis

EL CONDE  
¡Hola!, ¿ya hay gente  
levantada?

JUAN  
(Haciendo reverencias exageradas.)  
El jardinero...  
servidor...

EL CONDE  
Cúbrete, amigo.

JUAN  
¡Yo!...

EL CONDE  
¡Cúbrete! Hace fresco.  
JUAN (Siempre haciendo cortesías.)  
Mas en presencia de usía...

TOMASA  
¡Obedece, hombre!

JUAN  
(Calándose el sombrero.)  
Obedezco.  
Ésta es mi mujer, Tomasa,  
y yo soy Juan.

EL CONDE  
Lo celebro.

TOMASA

Dispongan sus señorías  
lo que gusten.

JUAN

Los dos semos  
uno solo a su servicio.

EL CONDE

Gracias. De polvo cubiertos,  
cepillos y agua, buen hombre,  
nos vendrán bien.

JUAN

Al momento.

Aquí hay de todo. Nuestro amo  
-aunque muy poco lo vemos-  
se ha gastado un dineral  
en esta finca. Paseos,  
jardines, fuentes, y... (A Tomasa.) Dime,  
¿cómo llama a los muñecos  
de piedra?

TOMASA

Estatuas.

JUAN

(Al Conde.)

Y estatuas  
de todo hay.

EL CONDE

Sí, ya estoy viendo  
parte de aquesos primores  
en este vergel ameno.

TOMASA

Si gustan de entrar...

EL CONDE

La aurora  
se ostenta alegre; el arreglo  
dispón de cuartos y baños,  
que el aviso esperaremos  
aquí.

TOMASA

Todo por mí misma  
va a ser al punto dispuesto.  
(Saluda y se va.)

JUAN  
Si me dan su permisión,  
también con ella me ausento.

EL CONDE  
Ve con Dios.  
JUAN (Repitiendo sus cortesías.)  
Él guarde a usía...  
y al otro usía... Sus pies beso.

### *Escena III*

El Conde y don Luis

(El primero se acerca al segundo, que está apoyado en un banco del jardín, con aire pensativo.)

EL CONDE  
¡Alza esa frente!, ¡alegría!  
¿Qué es lo que así te entristece,  
cuando sereno amanece  
de tu boda el fausto día?

DON LUIS  
En silencio me despido  
de la dulce libertad.  
EL CONDE Por servir a una deidad  
tan bella cual es Cupido,  
se renuncia sin dolor  
a esa libertad... tan sosa.

DON LUIS  
Mas dejarla es triste cosa  
cuando no se siente amor.

EL CONDE  
Ya vendrá; que no es Inés  
dama de mérito escaso.

DON LUIS

El hecho es que yo me caso  
cuando cumpla veinte y tres  
años, y ella en los cuarenta  
está frisando.

EL CONDE

No hay tal.  
Treinta y seis tiene.

DON LUIS

(Paseándose agitado.)  
Es igual;  
en fin, no ajusto la cuenta  
de la edad de mi futura;  
pues la boda a usted le agrada  
y la tiene concertada,  
se hará.

EL CONDE

¡Luis!, por tu ventura  
es todo el anhelo mío;  
consejos mi amor te dio,  
mas nunca pretendí, no,  
forzar tu libre albedrío.  
Si a cabo este enlace llevo,  
es porque tú has consentido.

DON LUIS

Al que por padre he tenido,  
en todo complacer debo.  
EL CONDE Tu madre, mi buena hermana,  
al pasar a mejor vida  
me fio la prenda querida  
de su ternura, y me afana  
miedo pueril de que sea  
mi destino contagioso,  
y nunca padre ni esposo  
feliz y honrado te vea.  
Esto explica el ansia mía  
por darte familia, hogar...  
No quiero verte llegar  
solitario a vejez fría;  
pues sé -por propia experiencia-  
que en maduro solterón  
no hay gozoso corazón,  
ni acaso pura conciencia.

DON LUIS

Y ¿sólo en Inés pudiera  
hallar yo esposa? ¿Se funda  
en que ella dé la coyunda,  
mi felicidad primera?

EL CONDE

Sabes la estrecha amistad  
que con su padre me unía...  
Luego, a Inés no conocía,  
y hasta ignoraba su edad.  
Por recato, o por capricho,  
nunca a Madrid quiso ir;  
parece que ama el vivir  
solitaria.

DON LUIS

Me lo han dicho.  
En Valencia, en donde mora  
por lo común, pocos son  
los que la han visto.

EL CONDE

El Barón,  
que -aunque dice que la adora-  
casi siempre ha residido  
en la corte, lejos de ella,  
lloraba el verla doncella,  
y quiso darla un marido.  
Como es en todo extremoso,  
aquel enlace de su hija  
llegó a hacerse idea fija  
en él, y -a fuer de temoso-  
allá en su nimia conciencia  
casi se forjó un deber  
de no dejar en mujer  
celibataria su herencia.  
Hablome de esta manía  
más de una vez, y entendí  
que yerno buscaba en mí,  
aunque no me lo decía.

DON LUIS

Y puesto en trance cruel,  
dijo usted: «Tengo un sobrino».

EL CONDE

Pensando darle destino  
brillante, muy digno de él.  
Única y noble heredera  
es doña Inés, su recato  
ponderaban, y un retrato  
me mostró ser hechicera.  
Quise, pues, tan buen partido  
aprovechar para ti;  
sanos consejos te di,  
y tú luego has decidido.

DON LUIS

Viendo en usted tanto empeño,  
tanto afán...

EL CONDE

Era muy justo.

DON LUIS

Yo quise darle a usted gusto.

EL CONDE

¡Mostrando tarde ese ceño!

DON LUIS

Ya ha visto usted que obediente  
di a Madrid mi despedida,  
la novia desconocida  
corriendo a ver impaciente.

EL CONDE

Sí, mas apenas llegamos  
a Valencia y conociste  
a Inés, te ostentas tan triste,  
tan sombrío...

DON LUIS

¡Ah! Pues tocamos  
ese punto, ¿no es bastante  
que -escuchando cuanto escucho-  
los enojos con que lucho  
sólo revele el semblante?  
Bien sabe usted que la dama  
cede del padre al tesón;

que muy alto su aversión  
por este enlace proclama;  
y casarme sin amor  
con quien me muestra desvío

EL CONDE

Te adoraré, yo lo fío,  
al conocerte mejor.  
No es posible anhelo amante  
en los que apenas se han visto.

DON LUIS

Lo que es yo, si un siglo existo,  
y la veo a cada instante,  
de no amarla estoy seguro.

EL CONDE

¡Bah!, pensara quien te oyera  
que vas a unirte a una fiera.

DON LUIS

No he dicho...

EL CONDE

Pues yo te juro

DON LUIS (Interrumpiéndole con viveza.)

No hablemos más; ¡por merced!

EL CONDE

Me agrada más que otra alguna.

DON LUIS

Pues teniendo esa fortuna,

¿por qué no se casa usted?

EL CONDE ¿Yo?

DON LUIS

Sí, señor.

EL CONDE

¡Qué locura!

DON LUIS

¿Locura?

EL CONDE

Delito fuera  
que yo pensara siquiera...

DON LUIS

Labrara usted su ventura,  
y yo no alcanzo el porqué  
fuera delito.

EL CONDE

Yo sí.

DON LUIS

¿Piensa usted...?

EL CONDE (Poniéndose una mano sobre el corazón.)

Siento que aquí  
no hay ya entusiasmo ni fe.  
Al placer por tiempo largo  
vendí mi alma enardecida,  
y hoy la copa de mi vida  
sólo guarda el dejo amargo.  
En ti tengo un heredero,  
que es cuanto puedo anhelar;  
¿para qué me he de casar,  
si dicha ni amor no espero?

DON LUIS (Con ironía.)

Lo que es yo, la aguardo inmensa;  
no habrá otra que se le iguale.  
¡Oh! sobre todo, si sale  
verdad lo que el vulgo piensa.

EL CONDE

¿El vulgo?

DON LUIS

De él ha nacido,  
sin duda cierto rumor....

EL CONDE

¿Rumor dices?

DON LUIS

Sí, señor.  
¡Qué!, ¿no ha llegado a su oído?

EL CONDE  
Explícate; no sé nada.

DON LUIS  
Pues ¡bien circula el tal cuento!

EL CONDE  
¿De tu novia en detrimento?...

DON LUIS  
No es por nadie vulnerada  
su virtud.

EL CONDE  
Pues ¿qué se dice?

DON LUIS  
Que si el Barón adolece  
de extravagancia, aun parece  
ser la hija más infelice.

EL CONDE  
No comprendo.

DON LUIS  
Se asegura....  
(Acercándose al Conde.)  
Muy bajito lo diré.

EL CONDE  
¿Qué se asegura? ¡Di! ¿Qué?

DON LUIS  
Que está loca mi futura.

EL CONDE  
¡Loca, Inés!

DON LUIS  
Será mentira,  
mas harto cunde en Valencia.

EL CONDE  
¿Es posible?

DON LUIS  
En mi presencia  
se ha dicho.

EL CONDE  
Mucho me admira  
que hasta hoy me lo hayas callado.

DON LUIS  
Estando ya en compromiso  
tan grave como usted quiso,  
¿qué hubiera, Conde, ganado  
con decirlo?

EL CONDE  
(Con viveza.)  
Ante el altar  
que estuvieras, no era tarde.

DON LUIS  
(Con hipocresía.)  
Yo no acojo, ¡Dios me guarde!,  
una calumnia.

EL CONDE  
Observar,  
aunque la tal voz no creo  
por ella ya prevenido,  
a Inés hubiera podido.

DON LUIS  
(Con ironía.)  
Pues hoy me impone himeneo  
su yugo, tiempo sobrado  
para saber la verdad  
de si es loca mi mitad,  
tendré después de casado.

EL CONDE  
¡Silencio!, que aquí está el tonto  
del jardinero.

*Escena IV*

El Conde, Don Luis y Juan

JUAN  
(Haciendo reverencias.)  
Usirías...

EL CONDE  
(Con mal humor.)  
Ya basta de cortesías.

JUAN  
Vengo a decir que está pronto  
todo: cuartos, camas, baños...  
si gustan...

EL CONDE  
(A don Luis.)  
Vamos adentro.

DON LUIS  
Perfectamente me encuentro;  
no estoy cansado.

EL CONDE  
A tus años  
tampoco yo lo estaría.

DON LUIS  
Aquí, entre flores, prefiero  
gozar del albor primero  
que esparce el naciente día.

EL CONDE  
Pues hasta luego.

DON LUIS  
En buen hora.

EL CONDE  
Contando ya doble veinte,  
sólo en mi lecho caliente  
amo el frescor de la aurora.

DON LUIS  
Aún no es tarde para el sueño.

JUAN  
(Señalando al Conde la entrada de la casa.)  
Por aquí.

EL CONDE  
Marcha delante.

JUAN  
¿Yo? ¡No, pardiez!, muerto antes.

EL CONDE  
Debes guiarme.

JUAN  
Vano empeño;  
no soy tan palurdo yo.

EL CONDE  
No conozco la casa...

JUAN  
Pero el siervo nunca pasa  
antes que el amo.

EL CONDE  
Sí...

JUAN (Con fuerza.)  
¡No!,  
¡no paso!

EL CONDE (Impaciente.)  
Pero...

JUAN  
No hay peros...  
cortesés semos aquí.

EL CONDE (Entrando.)  
¡Que el diablo te lleve!  
JUAN (Siguiendo al Conde.)  
¡Ansí!  
Siempre el primero, primero.

*Escena V*

Don Luis y después Flora

DON LUIS   Pues señor, si ello ha de ser,  
vale más que aquí se pase  
el mal trago; que me case  
do pocos lo puedan ver.  
Le agradezco a mi futura  
pusiese por condición  
que en aquesta posesión  
se inaugure mi ventura.  
(Se sienta en el banco de la derecha.)  
¡Mi ventura!... ¡Oh Dios!... ¡Paciencia!  
¿Hay bien, hay dicha en el mundo?  
¡Todo es amargo e inmundo  
en esta infausta existencia!

FLORA

(Cantando dentro de la glorieta.)  
Bella es la vida,  
bella es la flor,  
pues de ambas cuida  
su excelso autor.  
Mas es preciso  
que haya en las dos  
-Pues Dios lo quiso,  
sin duda alguna  
lo quiso Dios-,  
perfume en la una,  
y en la otra amor.  
¡Lo quiso Dios!  
¡Lo quiso Dios!

DON LUIS

(Levantándose.)  
Cielos, ¿qué voz peregrina  
responde a mi pensamiento?...  
¿Es de un querube ese acento?

(Flora aparece en el jardín, saliendo de la glorieta, con traje caprichoso y pintoresco, y sin reparar en don Luis, acaricia y habla a las flores.)

¡Ah! ¡Qué aparición divina!

FLORA

¿Por qué, violeta, por qué te escondes,  
visible sólo del aire vago,  
cuando a buscarte con dulce halago,  
al par venimos el alba y yo?  
Ella te ofrece sus ricas perlas,  
y yo por trono mi pecho amante,  
do viento, lluvia, o insecto errante,  
no podrán nunca dañarte, no.

¡Ven a mí!

(La arranca.)

¡Frágil -cual tú- y modesta,  
también yo tengo secreto asilo,  
en donde pueda latir tranquilo  
y alegre siempre mi corazón!  
Sobre él descansa, y en tomo cunda  
tu hálito puro, que el aura bebe,  
y ella en sus alas al par se lleve  
de aquestos besos el dulce son.

(La besa.)

DON LUIS (Aparte.)

¡Qué voz! ¡Qué gracia! ¡Imposible  
imaginar cosa igual!  
¡Éste es un ser ideal!  
¡Tiene un encanto indecible!

FLORA

¡Rosa!

¡qué orgullosa!

¡qué guardada estás!

¡Finas

tus espinas,

me han herido ya!

Si porque eres bella

te muestras tan vana,

yo -siendo tu hermana-

soberbia no soy;

y es, más que tú, fresca

mi boca riente,

que la vi en la fuente

de los sauces hoy.

¡Cede!.

que así puede

te perdone yo,

hora

que la aurora  
nos ríe a las dos.  
(Coge una rosa.)

DON LUIS (Aparte.)

Yo saldré de este jardín  
pagano, creyendo en Flora,  
y en las Ninfas, y en la Aurora,  
y en todo el Olimpo, en fin.

FLORA ¡Oh, blanca azucena!, no esperes  
del sol la caricia traidora;  
¡te deja marchita, inodora,  
y él sigue su marcha triunfal!  
Mas es -como el alba- apacible  
y suave mi amor, que te llama;  
tu aroma en mi seno derrama,  
que es puro, cual tú, y virginal.  
(Se adelanta al proscenio con las flores en la mano.)

DON LUIS (Aparte.)

¡Se adelanta! ¡Viene aquí!  
Temblor el gozo me da.

FLORA

(Sin ver a don Luis.)  
Violeta, rosa, azucena,  
juntitas habéis de estar;  
que forman bello conjunto  
candor, modestia y beldad.

DON LUIS (Acercándose a ella.)

Sólo en ti tantos hechizos  
se hallan, ¡mujer celestial!  
(Flora da un grito y huye por la izquierda, dejando caer las flores.)  
¡Tente! si no eres del alba  
una emanación fugaz...  
¡Despareció!... ¿Será un sueño  
todo esto?... No, que aquí están  
sus flores.  
(Las recoge.)  
¡Flores preciosas,  
que vi a sus labios tocar,  
y que imitan la frescura  
de aquella angélica faz!  
(Las besa también.)

FLORA

(Que aparece otra vez por el fondo, recatándose.)

¡Ay, qué susto!... ¿Se habrá ido?...

No, por cierto. ¿Quién será?

Sin ser vista quiero verle,

de estos rosales detrás.

(Se coloca detrás de un grupo de rosales, y asoma la cabeza por entre su florido ramaje.)

DON LUIS

¡Rosa, azucena, violeta!

no me dejaréis jamás.

(Vuelve a besarlas.)

FLORA

¡Besa mis flores!--- ¡nos ama!

siendo así, no temo ya.

DON LUIS

En mi pecho os deposito.

FLORA

¡Qué bueno es y qué galán

¡Violeta, azucena, rosa,

una compañera os va!

(Se quita del cabello una hermosa flor de lis y se la arroja a don Luis.)

DON LUIS;Cielos!... ¡esta flor!... ¡es de ella!

(La coge.)

¡La vi en ella! ¿Dónde estás

tú, que el alma me has robado,

ángel, sílfide o mortal?

FLORA

Te escucho.

DON LUIS

¡Ah! ¡Sí: yate veol

¿Quién eres? di, ¡por piedad!

FLORA

Soy Flora.

DON LUIS (Sorprendido.)

¡Flora!

FLORA  
Y te amo.

DON LUIS (Con asombro.)  
¿Me amas?

FLORA  
¿Pues no te he de amar,  
si miro cuánto nos quieres  
y qué de besos nos das?

DON LUIS  
¿A quién?

FLORA  
¿Qué duda? A nosotras.  
¿De tu cariño en señal,  
no nos guardas en tu seno  
con tan solícito afán?

DON LUIS  
Pero... ¿eres mujer... o flor?...

FLORA  
Mujer y flor, ¿no es igual?  
Mujer me dicen que soy,  
y yo siento sin cesar  
que soy flor.

DON LUIS (Acercándose a los rosales, entre los cuales  
permanece Flora.)  
Flor de los cielos,  
pues no eres tú terrenal,  
y hermosura que te iguale  
nunca en el mundo verás.

FLORA  
Te veo a ti, que me asombras.  
Jamás llegué a imaginar  
que un hombre hubiese en la tierra  
tan diferente de Juan,  
Pedro, Pablo, Diego, Antonio,  
Benito, Ignacio y Tomás,  
que son los que he conocido.  
Cuando en el puro cristal

me miraba de las fuentes,  
cual piensas, llegué a pensar  
que era yo lo más hermoso  
del mundo; pero ¡no hay tal!  
¿Ves cómo es bella en Oriente  
la luz que creciendo va?  
¡Pues resplandecen tus ojos  
con más grata claridad!  
¿Ves cuán lindas son las flores,  
de la vista dulce imán?  
Pues tú más que ellas me agradas...  
¡Sí!, ¡más que ellas!... ¡mucho más!

DON LUIS

¡Ah, pues deja que a tus pies!...  
(Ella desaparece entre las flores, al caer DON LUIS a  
sus plantas.)  
¡Flora!... ¡Flora!... ¡voto a...!  
¡Volvió a escaparse!... ¡no hay duda!...  
pero ¿adónde? ¿adónde irás,  
que yo no te encuentre, seas  
flor, mujer, duende o deidad?  
(Va a salir y se encuentra con Juan.)

### *Escena VI*

Don Luis y Juan

JUAN Pues usía no se acuesta,  
se puede desayunar  
si quiere: no ha de faltar  
con qué: Tomasa es dispuesta.

DON LUIS

¡Buen hombre, dime!, ¡por Dios!,  
¿qué mujer habita aquí?

JUAN

Ella; Tomasa.

DON LUIS

No.

JUAN

¡Sí!

Aquí habitamos los dos.

DON LUIS

Pero habrá en las cercanías  
dama que aquí tenga entrada.

JUAN

Ramona -la jorobada  
venir suele algunos días  
del Cabañal, y la Bruna,  
que es agüela de la Blasa  
que sirve ha tiempo en la casa.

DON LUIS

Y ¿qué otra?

JUAN

¿Qué otra?... ninguna.

DON LUIS

Pues si hace sólo un instante  
que en este sitio otra he visto,  
y estoy loco.

JUAN

¡Jesucristo!  
¡Loco!

DON LUIS

Sí, Juan, delirante.  
De entre esas flores brotó  
la aparición seductora...

JUAN

¿De entre esas flores?

DON LUIS

Y Flora  
el nombre fue que se dio.

JUAN

¡Ah!

DON LUIS

¿La conoces?

JUAN (Con misterio.)  
Es ella.

DON LUIS  
¿Quién es ella?

JUAN  
Flora.

DON LUIS  
¡Juan!  
no te burles de mi afán.  
¿Quién es?

JUAN  
Es... una doncella.

DON LUIS  
Sin duda noble ha nacido.

JUAN  
¡Chist!... no hablar de nacimiento.  
(Mirando con recelo alrededor.)

DON LUIS  
¿Por qué razón?

JUAN  
Yo no miento,  
y Tomasa ha prohevido  
que se diga la verdad.

DON LUIS  
¿La verdad?

JUAN  
Como es la cosa  
tan rara y tan milagrosa...  
¡no quiero hablar!

...

DON LUIS

¡Por piedad!  
JUAN Tiene un genio mi mujer  
¡más malo, más vengativo!,  
así como esclavo vivo.

DON LUIS

Pero, ¿qué puedes temer  
por decirme?

JUAN

¡Chist!, parece  
que oigo pasos.

DON LUIS

No, no es nada.

JUAN

Si atisbara recatada  
Tomasa... ¡ay, Dios!, me estremece  
esa duda.

DON LUIS

Nadie escucha;  
hablar puedes sin temor.

JUAN

Voy a hablar, pues, sí señor  
pero es imprudencia mucha;  
porque si Tomasa llega  
a saber que se lo he dicho  
¡es mi mujer muy mal bicho!  
Cuando se atufa, me pega.

DON LUIS (Impaciente.)

No temas, no.

JUAN

Pues decía  
que en cuanto a lo de nacer,  
no le puedo responder  
ni bueno ni malo a usía.  
Flora, hablando sin primores,  
¿quién puede decir nació?

DON LUIS

¿Pues no lo sabes tú?

JUAN

No.

+DON LUIS

¿No tiene madre?

JUAN  
Las flores.

DON LUIS  
¿Las flores?

JUAN  
¡Pues! yo me fundo:  
téngalo por cosa fija;  
si de las flores no es hija,  
sin padres vino a este mundo.

DON LUIS  
¡Explícate, hombre!

JUAN  
Sí haré,  
contando con el secreto.

DON LUIS  
Perdurable lo prometo.

JUAN  
Y ¿no oye naide?

DON LUIS  
No, a fe.

JUAN  
Digo, pues que el mes pasado  
diez y seis años cumplieron...  
¿diez y seis?... ¡justos!... me dieron  
la plaza recién casado.  
Supongo que ya sabrá  
que a cierto marqués servía  
por entonces.

DON LUIS  
No sabía...

JUAN  
Pues yo se lo advierto ya.  
En Castellón jardinero  
era del dicho marqués,  
pero cuatro años después

de casado, un heredero,  
como dicen, no lograba,  
porque es Tomasa estéril.

DON LUIS

¡Hombre' ¡Abrevia, por dos mil  
santos!

JUAN

Yo a ellos les rogaba  
que me alcanzasen consuelo,  
pues di en andar caviloso  
por aquello, y vergoñoso,  
siempre entre murria y desvelo.

DON LUIS

¡Adelante!

JUAN

Pues señor,  
el día último de mayo,  
cuando apenas via un rayo  
de luz, al primer albor  
del alba, me levanté  
tan triste como solía...  
Mi mujer largo dormía,  
mas yo siempre madrugué.

DON LUIS

¡Prosigue!

JUAN

Mi regadera  
tomo en la mano, y me voy  
-tal parece que fue hoy-  
a mi obligación primera.  
Pero explicar no sabré  
cuál fue mi gozo, mi encanto,  
cuando encontré, cielo santo,  
lo que anhelaba...

DON LUIS

¿Qué?

JUAN

¡Qué!

Allá en mi propio jardín  
-que durmió muy bien cerrado  
entre flores rebujado  
al más lindo serafín.

DON LUIS  
¿A Flora?

JUAN  
Se sonreía  
sintiéndose en su elemento  
como quien dice. Al momento  
la tomé en brazos; creía  
casi casi estar demente;  
pero el caso es que pensando  
en el cómo y en el cuándo  
la pusieron, de repente  
descubro, señor don Luis,  
que tiene la criatura,  
en tal parte, la figura  
(Señalándose un hombro.)  
de una hermosa flor de lis.

DON LUIS  
¡Qué escucho!

JUAN  
Cual la produce  
la planta que allí ve usía.  
Con esto, ¿quién dudaría?...  
Bien la verdad se diduce;  
y así Tomasa bien hizo,  
lo dije entonces y ahora,  
en que con nombre de Flora  
la trujesen del bautizo.  
Yo en el prencipio pensaba  
que era un ángel solamente,  
que Dios, oyendo clemente  
mis súplicas, me enviaba;  
pero observando mejor  
muy claro he visto dempués,  
que no hay duda, que ella es  
revuelta de ángel y flor.

DON LUIS  
¡Relato extraño!

JUAN

Al mirar  
mi duelo por no haber hijo,  
Dios a las flores les dijo:  
«Os toca a vosotras dar,  
pues tanto siempre os amó  
y hoy le veis tan pesaroso,  
en un fruto milagroso  
el bien que a mí me pidió.»

DON LUIS

Conque, Flora... ¡qué misterio!

JUAN

(Haciendo ademán de indicar la corta estatura de la  
niña.)  
Tamañita así, sabía  
que de flores procedía:  
¡no, no hay aquí gatuperio!

DON LUIS

Pero las flores

JUAN

No dude.  
Sus madres son, sin falencia.

DON LUIS

El pensar eso es demencia.

JUAN

No hará que de opinión mude;  
lo que pienso pensaré.

DON LUIS

Cuanto te escucho me asombra.

JUAN

Ella, cuando a ellas las nombra,  
dice nosotras.

DON LUIS

Lo sé.

JUAN

De muy pequeña dormía  
como en regazo materno  
en el jardín, y en invierno  
cuando él sus galas perdía  
quedaba ella sin colores,  
mustia, blanca, cual marfil;  
pero en llegando el abril  
retoñaba con las flores.

DON LUIS  
¡La historia es extraordinaria!

JUAN  
Aquí, como en Castellón,  
las flores su mundo son;  
porque vive solitaria.

DON LUIS  
Pero...

JUAN  
Es cosa lo que existe  
entre ellas tal, que enfermó  
Flora una vez, y quedó  
todo el jardín mustio y triste.

DON LUIS  
¿Es posible?

JUAN  
¡Juan no miente!

DON LUIS  
¡Qué pasmosa simpatía!

JUAN  
Pasé un día y otro día  
sin verlo, mientras doliente  
se halló mi niña...

DON LUIS  
(Sonriendo.)  
¡Ya!

JUAN  
Luego

la obligación recordé,  
y fui al jardín; mas no hallé  
flores a las que dar riego.

DON LUIS  
No lo dudo.

JUAN  
Digo! Y ¿sabe  
por qué cobró la salud  
la niña?

DON LUIS  
No.

JUAN  
Por virtud  
de sus madres: fue muy grave  
su enfermedad, muy tirana;  
mas todo al punto cesó  
cuando el médico mandó  
de flores una tisana.

DON LUIS  
¿Y jamás has sospechado  
que otra madre pueda haber?

JUAN  
¿Cómo? ¿otra madre mujer?  
Es pensar en lo excusado.  
Naide me quita la idea...  
Pero ¡silencio!, oigo ruido.

TOMASA  
(Dentro.)  
¡Juan!

JUAN  
¡Es Tomasa!

TOMASA  
¡Marido!

*Escena VII*

Don Luis, Juan y Tomasa  
(Tomasa sale apresurada.)

TOMASA  
¿Estás sordo?... En la azotea  
he visto venir corriendo  
un coche.

JUAN  
Serán los amos,  
sin duda.

TOMASA  
¡Pues corre! Vamos  
a recibirlos.  
(Juan hace señas a Don Luis de que no olvide el secreto.)

DON LUIS  
Te entiendo.

### *Escena VIII*

DON LUIS

DON LUIS  
¡Éste es un mundo de encantos!  
Que estoy soñando imagino.  
¿Quién es el ser peregrino  
que envuelve prodigios tantos?...  
Misterioso nacimiento,  
con una flor en el hombro!...  
De cuanto escucho me asombro...  
pero aún más de lo que siento.  
(Besando la flor de lis que le dio Flora.)  
¡Tú, que en su tez blanca y lisa  
tan raro sello has impreso,  
recibe este ardiente beso,  
y sé desde hoy mi divisa!  
(La pone en su ojal.)

ESCENA IX

Don Luis, el Barón, doña Inés, Beatriz, Tomasa, Juan y Criados

(Los Criados que los siguen, entran en la casa  
conduciendo maletas y comestibles.)

TOMASA

Bien venidos a su casa  
hoy, nuestros amos queridos.

JUAN

Que sean muy bien venidos,  
como lo dice Tomasa.

EL BARÓN

Gracias, gracias. ¡Eh!, los brazos,  
mi amado Luis. (Lo abraza.) ¿No creías  
que tan temprano tendrías  
aquí a tu novia? Los plazos  
quiero abreviar; me impaciento  
por darte pronto de hijo  
el dulce nombre.

JUAN

(Bajo a Tomasa.)  
¿Qué dijo?

TOMASA

(Lo mismo.)  
¡Ay, Juan!, ¡que habrá casamiento!

DON LUIS

(Acercándosele.)  
Amable Inés...

DOÑA INÉS

(Sin mirarle.)  
Buenos días,  
señor don Luis.

EL BARÓN

Esta noche  
vendrá el vicario en mi coche.  
Hija, ¿por qué te desvías?

DOÑA INÉS

Estoy cansada.  
(Se sienta y queda pensativa.)

EL BARÓN  
(A don Luis.)  
Como es  
el buen vicario mi amigo,  
sin rogar mucho, consigo  
que él mismo te una a tu Inés.  
Todo lo tiene arreglado.

DON LUIS  
(Suspirando.)  
Lo agradezco.

TOMASA (A Juan.)  
Aquí es la boda.

EL BARÓN  
Se me alegra el alma toda;  
el gozo me ha remozado.

DON LUIS  
También yo... (Aparte.) No sé mentir.

EL BARÓN°  
¡Feliz instante! Mas ¿dónde  
se nos oculta el buen conde  
de Mondragón?

DON LUIS  
Fue a dormir  
un rato.

EL BARÓN  
¡Qué!, ¿dormir hoy?

DON LUIS  
Siempre descansa hasta tarde,  
y hoy madrugó.

EL BARÓN  
¡Qué cobarde!  
¡Ven!, que de la cama voy  
a sacarle, y... ¡voto a tal!  
que de su sueño en castigo,  
quiera o no quiera, le obligo

a que os haga un madrigal  
epitalámico.

DON LUIS

(Con sonrisa forzada.)

¡Ah! sí.

EL BARÓN

(Tomándole el brazo y llevándose.)

Ya yo lo tengo empezado.

DON LUIS;

De veras?

EL BARÓN

Muy delicado...

El borrador traigo aquí.

(Entran a la casa.)

*Escena X*

DOÑA INÉS, BEATRIZ, TOMASA Y JUAN

TOMASA

Señorita, si está usted

fatigada...

BEATRIZ

(Respondiendo por doña Inés.)

Sí; te ruego

que el lecho prepares luego.

TOMASA

(Con soflama.)

¡Ah, prima!, es mucha merced  
que me hables, pues yo pensaba  
que olvidada con las glorias  
de las antiguas memorias

BEATRIZ

(con viveza.)

No, prima; nada olvidaba.

(Aparte.)

Rabiando está por hablar

esta necia.

TOMASA  
Yo temía

BEATRIZ  
(Interrumpiéndola.)  
Sin fundamento, a fe mía;  
mi amor te sabré probar  
más tarde

TOMASA  
(Con intención.)  
¡Bien! pues me voy;  
si algo quiere doña Inés

BEATRIZ  
Nada; adiós.

TOMASA  
Hasta después.  
(Se va con Juan.)

*Escena XI*

Doña Inés y Beatriz

BEATRIZ (Aparte.)  
(De miedo temblando estoy.)  
(Acercándose a doña Inés.)  
¿Qué cavilas?

DOÑA INÉS  
¡Ay, Beatriz!  
Por instantes desfallezco.  
¡Si es tanto lo que padezco!  
¡Me siento tan infeliz!

BEATRIZ  
¿Infeliz por ser esposa  
de un joven bello, elegante?  
Hoy no le adoras amante,  
mas luego será otra cosa.

DOÑA INÉS

Si en mi juventud primera  
el amor no halló cabida,  
cuando declina mi vida,  
mal abrigarlo pudiera.

BEATRIZ

Es verdad que no has amado,  
mas por eso mismo creo  
que llevando al himeneo  
un corazón no gastado...

DOÑA INÉS

Gasta también el pesar,  
(Llevándose una mano al corazón.)  
y aquí se guarda uno eterno.

BEATRIZ

Al lado de esposo tierno,  
ya te sabrás consolar.

DOÑA IN-AS

No debo unir a otra suerte  
mi suerte, por Dios maldita.

BEATRIZ

Que digas eso me irrita.

DOÑA INÉS

¡Grata me fuera la muerte!

BEATRIZ

Dios no maldice jamás  
a la inocencia; ¡es locura!  
¿No eres como la luz pura,  
y lo has sido y lo serás?

DOÑA INÉS

Es cierto; nunca en esta alma  
cupó delito o flaqueza;  
mas del hado la fiereza  
robó por siempre su calma;  
y sólo en gran soledad  
y en retiro religioso  
hallar pudiera reposo,  
ya que no felicidad.

BEATRIZ

Si era el ser monja tu anhelo,  
y hoy te casan, ten paciencia,  
que también en la obediencia  
encuentra mérito el cielo.  
Pero ¿a qué vino el rogar  
que la boda fuese aquí?

DOÑA INÉS

Lo que a mi padre pedí  
sin escoger el lugar  
fue que en el campo se hiciese,  
y él luego eligió esta casa.

BEATRIZ (Aparte.)

¡Dónde se encuentra Tomasa!

DOÑA INÉS

¿Te pesa?

BEATRIZ

No es que me pese...  
¿Por qué razón? Mas no hallaba  
motivo de preferencia.

DOÑA INÉS

Quise salir de Valencia;  
nada más.

BEATRIZ

Bien.

DOÑA INÉS

Me apenaba  
ver gentes y escuchar ruido.

¡BEATRIZ

Siendo así, mejor estás  
aquí, do a nadie verás  
sino a tu padre y marido.

DOÑA INÉS

¡No!, me engañé al presumir  
que respirando otro ambiente,  
pudiera el pecho doliente  
con menos pena latir;

pues por instantes - ¡lo siento! -  
su afán se aumenta más hondo,  
y allá se agita en su fondo  
no sé qué presentimiento...

BEATRIZ

¡Vaya extrañas aprehensiones!  
No hay quién te pueda aguantar.  
¡Siempre ese mismo cantar!

DOÑA INÉS

Por Dios, no más reprensiones.  
Mira que padezco mucho,  
que cuanto miro me enoja,  
sufriendo extraña congoja,  
contra la que en vano lucho;  
pues la ilusión que avasalla  
mis sentidos, tanto crece,  
que por doquier me parece  
ver brotar...

BEATRIZ

Se acercan; ¡calla!

### *Escena XII*

Doña Inés, Beatriz, el Conde, el Barón y don Luis

EL BARÓN

Nada, Conde; no hay excusa:  
forzosa es la penitencia.

EL CONDE

Si dicta Inés la sentencia...

EL BARÓN

La dicta, y será la musa  
inspiradora.

EL CONDE

(Acercándose a doña Inés con galantería, pero  
con miradas observadoras.)

En tal caso,  
que quiera o no quiera Apolo,

puede ascender el más bolo  
a la cumbre del Parnaso.  
(A ella.)  
Y el viaje, ¿fue divertido?

BEATRIZ  
(Viendo que, distraída, doña Inés no contesta.)  
No acostumbra madrugar,  
y se ha debido cansar.

EL CONDE  
(Mirando siempre a doña Inés como observando.)  
Cierto.

EL BARÓN  
(A don Luis, con quien hablaba bajo.)  
Sí; tenlo entendido:  
no conejos; mas perdices,  
cuantas quieras.

DON LUIS  
Las prefiero.

EL BARÓN  
¡Y tengo yo un perdiguero!...  
¡Oh, momentos muy felices,  
querido Luis, nos esperan!

EL CONDE  
(Aparte y siempre mirando a doña Inés.)  
Será tal vez aprensión;  
mas le hallo un aire...

EL BARÓN  
(Mirando su reloj.)  
Ya son  
las siete y diez. Cuando quieran  
el desayuno... yo siento  
un apetito bestial.  
¡Conde!, luego el madrigal;  
ahora la mesa.

EL CONDE  
Consiento.  
(Aparte, volviendo a doña Inés, que continúa distraída  
de la conversación y con la mirada fija.)

¡Qué chasco fuera!

EL BARÓN

(A don Luis.)

A Inesita

darás el brazo.

(Toma él el del Conde.)

DON LUIS

(Acercándose.)

Señora

BEATRIZ

(A doña Inés.)

Adentro vamos ahora.

DON LUIS

(Ofreciendo el brazo a doña Inés, que se levanta como maquinalmente.)

Y espero que usted permita...

DOÑA INÉS

Muchas gracias.

(Al mirar a DON LUIS, retrocede espantada, lanzando un grito agudo y huye entrando en la casa.)

¡Ah!

BEATRIZ

¡Dios mío!

(Entra en pos de doña Inés.)

DON LUIS

¿Qué es esto?

EL CONDE

¡Cielos!

EL BARÓN

Yo corro.

¡Un accidente!... ¡socorro!

(Corre en pos de doña Inés.)

EL CONDE (Aparte.)

¡Buena la hemos hecho!

DON LUIS

¡Tío!...

*Escena XIII*

El Conde y don Luis

EL CONDE

Nada me digas, ¡lo veo!

DON LUIS

¿Qué le ha dado a esa mujer?

EL CONDE

Es bien claro, a mi entender.

DON LUIS

¿Usted sospecha?...

EL CONDE

No: creo,  
creo, Luis, que era fundado  
aquel rumor popular,  
y que libre te has de hallar  
de un empeño desgraciado.

DON LUIS

¡Ay, Conde! ¡Quiéralo el cielo!  
¡Sálveme usted, por piedad!  
La perdida libertad  
ahora más que nunca anhelo.  
Cuando me obligué a aceptar  
ese enlace, a nadie amaba,  
y a la esposa que me daba  
pensé poder soportar;  
mas hoy, que abriga mi pecho  
una pasión viva, ardiente,  
justo es que el lazo inclemente  
quede por siempre deshecho.

EL CONDE

¡Pardiez! ¿Qué extraño temor  
te ha impedido el decir antes  
todo eso? Ha pocos instantes  
que aquí hablamos, y ese amor

no inferí ni por asomo.

DON LUIS

Es que entonces no existía  
la pasión que al alma mía  
subyuga, esclaviza...

EL CONDE

¡Cómo!  
¿No amabas hace un momento?

DON LUIS

No señor.

EL CONDE

¿Te estás burlando?

DON LUIS

Se engaña usted.

EL CONDE

¿Por quién, cuándo  
nació ese amor tan violento?

DON LUIS

Nació aquí.

EL CONDE

No puede ser  
que haya mujer en la casa  
que te inspirase... ¿Es Tomasa?

DON LUIS

No es Tomasa, ni es mujer.

EL CONDE

(Retrocediendo.)  
¡Luis!

DON LUIS

Enciende mis amores  
un ser raro, indefinible,  
misterioso, incomprensible...  
¡una hija, en fin, de las flores!

EL CONDE (Aparte.)

¡Señor! ¿Si será epidemia?...

DON LUIS

(Con calor y vehemencia.)

Designar con nombre humano

al producto de un arcano

me pareciera blasfemia.

¡Ella es ella, y nada más!

(El Conde lo oye y lo mira asombrado.)

Sólo esto decirse puede:

a todo lo bello excede;

no tendrá copia jamás.

¡Conde!, ¿ve usted este jardín?...

¡Pues desde hoy es mi universo!

Si un hado injusto y adverso

me arrastrase hasta el confín

más remoto de la tierra,

doquier tuviera presente

a los ojos de mi mente

la maravilla que encierra.

Con la impresión poderosa

que toda mi alma enajena,

diera culto a la azucena,

me postrara ante la rosa,

y en un éxtasis divino

cayendo al ver la violeta...

EL CONDE

¡Luis! ¡Luis! Tu lengua sujeta.

¡Jesús! ¡Cuánto desatino!

DON LUIS

Le asombra a usted mi entusiasmo,

que no alcanza a comprender;

mas si usted la llega a ver,

será más grande su pasmo.

Y si fija sus miradas

en aquellas lindas hojas,

que brillan frescas y rojas

sobre la nieve grabadas...

(Quitándose del ojal la flor de lis.)

¡Oh tío!, ostento en mi seno

la flor celeste que adoro...

Ella es mi bien, mi tesoro,

la beso, de encanto lleno.

EL CONDE ¡Sobrino!...

DON LUIS

¡Y si logro un día,  
cual ésta, la otra besar,  
me viera el cielo expirar  
de placer y de ufanía!

EL CONDE

Pero...

DON LUIS

(En su entusiasmo, habla como si se dirigiese a  
la flor que tiene en la mano.)

Si escucho un «te amo»  
segunda vez en su boca...  
con tal palabra, una roca  
se inflamara cual me inflamo.  
¡Oh! ¡sí! ¡pronúnciela!...

EL CONDE

¡Luis!...

DON LUIS

¡Y rinda yo el alma amante,  
cuando mi labio anhelante  
se fije en la flor de lis!  
(Se va presuroso y besando la flor.)

#### *Escena XIV*

El Conde y después el Barón

EL CONDE

¿Qué es esto? ¡Gran Dios! ¿Qué es esto?  
¿Obra aquí algún maleficio,  
o habrá en la falta del juicio  
contagio oculto y funesto?  
Cuanto ha dicho Luis no tiene  
ni apariencias de sentido  
EL BARÓN (Saliendo de la casa.)  
Pasó lo de Inés; no ha sido  
nada; un espasmo. Proviene  
todo de amor, caro Conde.  
Ya queda muy aliviada.

Nos ruega que la excusemos,  
y así, pues, almorzaremos  
los tres; pero ¿a dó se esconde  
mi yerno? Se habrá asustado.  
¡No era el caso para menos!  
Pronto los dos, más serenos,  
depuesto todo cuidado,  
por sí mismos la capilla  
que hay en casa adornarán,  
y en ella se casarán  
esta noche: aunque sencilla  
y pobre, pienso...

EL CONDE

¡Barón!,  
prudente, preciso creo  
diferir este himeneo  
para mejor ocasión.

EL BARÓN

¿Qué? ¿Qué dice usted?

EL CONDE

(Con embarazo.)

Padece  
Inés, también mi sobrino...  
Sí, ya lo dije; yo opino  
que no es tiempo..

EL BARÓN

Me parece,  
Conde, que usted se chancea.  
¿Fuera de sus males cura  
retardarles la ventura?  
¡Pues no era mala la idea!

EL CONDE

Es que yo llevo a creer  
que cual las cosas están,  
aun teniendo ellos afán  
de unirse, no han de poder.

EL BARÓN

¿No han de poder?... ¿Qué razón...?

EL CONDE

Amigo... la hay, a mi ver.

EL BARÓN

Pues decirla es menester.  
Si puede impedir la unión,  
que ya a mi honor interesa,  
reticencias no permito,  
porque saber necesito  
la causa; ¡la causa expresa!

EL CONDE

¿La causa?

EL BARÓN

¡Pronto!

EL CONDE

Es bien triste.

EL BARÓN

Yo misterios no tolero;  
saberla, saberla quiero  
si existe.

EL CONDE

Digo que existe.

EL BARÓN

Y ¿provenirá de usted?...

EL CONDE

¡No!

EL BARÓN

¡Entiendo! ¡No diga más!  
¡Me afrenta, se vuelve atrás

DON LUIS

Don Luis!... ¿Y sufriré yo?...

EL CONDE

Toda queja es infundada.  
Ni yo de ofenderle trato,  
ni el enlace desbarato,  
ni Luis es culpable en nada.  
Quien destruye a su placer

los proyectos de los dos,  
quéjese usted de él, ¡es Dios!

EL BARÓN  
¿Dios?...

EL CONDE  
¡Quién se puede oponer!

EL BARÓN  
Mas ¿qué sucede?

EL CONDE  
Sucede...  
una desgracia increíble  
e inesperada.

EL BARÓN  
¿Es posible?

EL CONDE  
Un obstáculo que excede  
a nuestras fuerzas.

EL BARÓN  
¡Dios mío!  
pues hable usted... ¡por piedad!  
si lo que dice es verdad...

EL CONDE  
¡Ojalá no!

EL BARÓN  
¡Yo estoy frío!  
¿Conque, ocurre una desgracia?

EL CONDE  
Hay de ella indicios no pocos.

EL BARÓN  
¿Cuál es, Conde?

EL CONDE  
(Al oído del Barón.)  
Que están locos.

EL BARÓN

¡Locos!...

EL CONDE

¡Los dos!

EL BARÓN

¡Santa Engracia!

EL CONDE

Ésa es la verdad cruel.

EL BARÓN

¿Locos los dos?... ¡Yo fallezco!

EL CONDE

Amigo, a usted compadezco.

EL BARÓN

¿Locos los dos? ¡Ella y él!...

EL CONDE

Y al ver que es esta mansión  
de desventuras teatro,  
mucho me temo, Barón...

EL BARÓN

¿Qué?

EL CONDE

Que como dos ahora son,  
mañana seremos cuatro!

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto

### *Escena I*

El Conde y el Barón  
(Salen juntos de la casa.)

EL BARÓN

¡Nada!, ¡nada!, ¡ni un indicio!

EL CONDE

¿Está usted cierto? ¿Ha observado?...

EL BARÓN

Hablé con ella dos horas  
y la observé muy despacio.

¡EL CONDE

¿Y dice usted...?

EL BARÓN

Digo y juro  
que está su juicio muy sano.

EL CONDE

Si usted lo afirma de veras...

EL BARÓN

Y vive Dios, que no alcanzo  
en qué pudo usted fundar  
su opinión, su anuncio infausto.

EL CONDE

No faltaban apariencias;  
mas, en fin, si fue un engaño,  
mil gracias al cielo rindo,  
y ojalá que también falso  
salga mi juicio respecto  
del pobre Luis.

EL BARÓN

No dudarle.

EL CONDE

¡Ah!, mucho temo, Barón...  
Ya está usted viendo lo raro  
de su conducta; no bien  
llegan ustedes, y en tanto  
que padece su futura  
aquel singular espasmo,  
desaparece de pronto,  
y en el zénit ya miramos  
el sol, sin que haya podido

mi diligencia encontrarlo.

EL BARÓN

Cierto; ni aun al desayuno  
asistió; mas dice Pablo  
que lo ha visto no distante  
de casa. Tal vez los campos,  
que son aquí tan hermosos,  
quiso admirar paseando  
por estos alrededores.

EL CONDE

De nuevo en su busca salgo,  
y plegue a Dios que usted acierte.

EL BARÓN

Sí; no hay que ser visionario.

*Escena II*

El Barón

EL BARÓN

Si fuera cierto que Luis...  
Porque en cuanto a Inés, es claro  
que sólo la asoció el Conde  
a la desgracia, pensando  
que yo mejor guardaría  
secreto el suceso amargo,  
si me hallaba cual él propio  
afligido, interesado.  
Pero se me hace muy duro  
de digerir el fracaso  
de mi yerno... Quizá sea  
un trastorno momentáneo  
que el mismo amor origine,  
y después de estar casado  
y tranquilo... ¡Sí! yo arrostro  
por todo. Setenta y cuatro  
cuento, y no quiero vivir  
en mi vejez solitario,  
y descender al sepulcro  
sin ver antes que renazco  
en dos o tres nietecitos,

que pidan balbuceando  
mi bendición, y me llamen  
«Papá grande»... ¡Sin descanso  
me tiene ha tiempo este anhelo!  
Sin cesar pienso mirarlos  
tan traviesillos... tan monos...  
Mimando al abuelo...¡vamos!  
¡Inés tiene treinta y seis!  
¡No! Yo no admito retardo.  
Bueno es que esté preparada  
la capilla; que el vicario  
vendrá sin falta esta noche,  
y si no está rematado  
Luis, bien se puede...  
(Llamando.)  
¡Tomasa!  
¡Juan! ¡Eh, Juan!

### *Escena III*

El Barón y Juan

JUAN  
¿Qué manda el amo?

EL BARÓN  
Hoy muy tarde comeremos;  
así que deje el cuidado  
de la cocina Tomasa...

JUAN  
Ya tiene en el horno el pavo,  
y sin plumas los capones,  
y sin escama el pescado...  
¡Ella todo!... Para nada  
le hace falta aquel pelmazo  
de cocinero, que usía  
como gran cosa nos trajo,  
y que sólo mandar sabe  
y estar haciendo arrumacos  
a la Blasa.

EL BARÓN  
Bien; ve y dile

a tu mujer que la mando  
que antes de nada se ocupe  
de la capilla.

JUAN  
Ya estamos.

EL BARÓN  
Que coja abundantes flores  
y las ponga en lindos jarros,  
y en los grandes candeleros  
los cirios, que están guardados  
en aquel escaparate...

JUAN  
Ya sé en cuál; en aquel ancho  
de cedro.

EL BARÓN  
¿Sin duda está  
el crucifijo de mármol  
en el altar?

JUAN  
No se mueve  
nunca de allí.

EL BARÓN  
Lo ordenado  
ve a cumplir, pues.

(Flora en este momento aparece por la glorieta.)

JUAN  
Sin demora.  
Muy contentos, muy ufanos  
nos tiene la boda a todos.

EL BARÓN  
¿Sí?

JUAN  
¡Ya se ve! Y es gallardo  
el novio, como no hay muchos.  
Lo que me tiene atontado  
es ver que en todo este día...

EL BARÓN

(Interrumpiéndole.)

¡Vete a cumplir mi mandato!

JUAN

Al momento; pero es cosa  
bien rara, a mi ver, que estando  
en día de casamiento...

EL BARÓN

¡Eh! ¿Tendremos comentarios?

Guardar la lengua y servir.

JUAN

Yo... sí... pero... pues... pensando...

EL BARÓN

(Irritado.)

¿Y quién te ha dado permiso  
para pensar, mentecato?

JUAN

Naide... ni yo lo hice adrede...

EL BARÓN

¡Qué tiempos los que alcanzamos!

¿Que hasta esto piense!...

JUAN

No pienso

Fue... que pensé sin pensarlo.

EL BARÓN

Pues no vuelva...

JUAN

¡Ca!, en mi vida.

EL BARÓN

Respetar es necesario,  
como a mí mismo, a mi yerno.

JUAN

Sí, señor; así lo hago.

EL BARÓN

Y creer que es bueno, y justo,  
y racional, y sensato,  
cuanto él diga o ejecute.

JUANA

sí será.

EL BARÓN

Por lo tanto,  
aunque lo vieres andar  
pies arriba y boca abajo,  
y decir que el día es noche,  
y que el círculo es cuadrado,  
hay que afirmar que es aquello  
muy justo y digno de aplauso.

JUAN

Como así lo ordene usía...

EL BARÓN

¡Lo ordeno!

JUAN

Bien.

EL BARÓN

No olvidarlo.  
¡Vete!

JUAN

Me voy.  
(Lo hace por la derecha.)

EL BARÓN

Veré ahora  
a Inés; aún está en su cuarto;  
mas, pues pasó su accidente,  
debe pensar en su ornato.  
Me parece que es prudencia  
decirla de un modo vago,  
atenuante, la desgracia  
del novio. Pudiera acaso  
por su conducta ofenderse  
no sabiendo... El sexo flaco  
lo único que no perdona

es la tibieza, y pintando  
lo que pasa al pobre Luis,  
como un efecto tirano  
de su amorosa impaciencia,  
no le hago a su causa daño.  
¡Ay, Dios!, casar a una hija,  
según veo, es más trabajo  
que los doce que nos cuentan  
de Alcides.  
(Se va por la derecha.)

#### *Escena IV*

Flora

FLORA

(Bajando al proscenio.)  
Se fue el anciano  
desconocido; en la casa  
huéspedes hay hoy, y ¡cuántos!  
Quizá por eso sería  
que me mandó muy temprano  
Tomasa a ver a la Bruna,  
y hacerla no sé qué encargo.  
Ella pensará que estoy  
con la vieja...  
(Sonriendo con malicia infantil.)  
¡Vaya un chasco  
el que se lleva! No fui,  
ni siquiera lo he pensado.  
Escondida en la glorieta  
pasé la mañana... al cabo  
nada logro, y me fastidio...  
¡Cada minuto es tan largo!  
(Se sienta entre las flores, y dice, después de un  
momento de silencio.)  
¡Con qué esplendor, con qué orgullo  
os desplegasteis, ¡oh flores!,  
del aura al plácido arrullo,  
de tibia luz entre albores!  
Después, del sol los rigores  
ajaron vuestra frescura,  
y enmudeció el aura pura  
que -vagando en libres giros-

con amorosos suspiros  
cantaba vuestra hermosura.  
Tampoco yo vengo ahora  
tan ufana y tan riente  
como me encontró la aurora  
al asomarse en Oriente.  
Si aún dais corona a mi frente,  
no ya gozo al alma mía;  
pues no sé cómo, este día  
-que nuestro destino iguala-  
cual a vosotras la gala,  
me robó a mí la alegría.  
No acierto, flores, de dónde  
me viene este afán primero,  
ni qué objeto se me esconde,  
que inútilmente aquí espero;  
mas no... ¡engañaros no quiero!...  
A un hombre di esta mañana  
la flor de lis, nuestra hermana,  
y ahora se aleja el cruel...

*Escena V*

Flora y don Luis

DON LUIS

(Que entra por el fondo al decir Flora el  
último verso.)

Oigo su voz... ¡Flora!

FLORA (Aparte.)

¡Es él!

(Aparenta no verlo y juega con las flores con aire melancólico.)

DON LUIS

¡Por fin te encuentro, tirana!

FLORA

¡Ay, flores!

DON LUIS

¿Por qué suspiras?

FLORA

Si en olvido nos tuvistes,  
del sol sufriendo las iras,  
¿por qué de hallarnos te admiras  
mustias al volver, y tristes?

DON LUIS

Me dijo Juan que no estabas  
en la quinta; que solías  
recorrer las cercanías;  
que muy tarde regresabas  
cuando eran buenos los días;  
y yo -anhelante por verte-  
montes, playas he corrido  
del calor en lo más fuerte.

FLORA

(Llegándose a él.)  
¿De veras?... ¡sí! que se advierte  
en tu rostro humedecido.  
(Le enjuga la frente con las flores que tiene en la  
mano.)

DON LUIS

¡Ángel celeste!... (Aparte.) ¡Me inspira  
tal respeto su candor!...

FLORA

(Viendo la flor de lis que lleva en un ojal.)  
¿Conque, conservas mi flor?

DON LUIS

¡Oh, sí!, en mi pecho la mira,  
objeto de ardiente amor.  
¿No es igual a la que sella  
tu tez pura, alabastrina?  
¡Naturaleza, con ella,  
por su creación más bella  
te señaló y peregrina!

FLORA

(Sonriendo con inocente coquetería.)  
¿Conque, tan hermosa soy?  
Yo, a la verdad, lo sabía;  
mas no con tanta alegría  
-como al decirlo tú hoy-  
mi corazón lo sentía.

¿De qué sirviera a la rosa  
su perfume penetrante  
ni su beldad primorosa,  
si nadie la viera hermosa,  
ni la aspirara fragante?  
Pude ver indiferente  
mis ojos y labios rojos  
en el cristal de una fuente;  
pero hoy los veo en tus ojos  
¡Y es cosa muy diferente!

DON LUIS

¡Ah!, de tu Luis piedad ten,  
pues perderá la razón  
con tales cosas, mi bien.

FLORA

¿Luis te llamas?

DON LUIS

Sí.

FLORA

¡También  
eso más! Mi corazón  
lo adivinó. Te ama tanto  
porque el cielo lo dispuso,  
y como sello me puso  
tu nombre casi.

DON LUIS

(Transportado.)

¡Qué encanto!

(Reprimiéndose.)

(Aparte.)

¡No!, de su candor no abuso.

FLORA

(Acercándosele cariñosamente cuando él se desvía.)

¿Qué tienes? ¿Te has enojado?

DON LUIS

Padezco, Flora.

FLORA

¿Tú?

DON LUIS

¡Mucho!

FLORA

Mas ¿por qué?

DON LUIS

Soy desgraciado;  
me es contrario, injusto el hado.

FLORA

No te entiendo, aunque te escucho.

DON LUIS

No entiendas; ¡ah!

FLORA

(Con sensibilidad.)  
Sin embargo,  
sólo al eco de tu acento  
venir a mis ojos siento  
lágrimas de llanto amargo.

DON LUIS

¡Es tan grande mi tormento!  
(Notando que llora Flora.)  
Pero no llores tú, no.

FLORA

Pues sí desgraciado eres,  
¿cómo, ingrato, cómo quieres  
no lo sea también yo?

DON LUIS

¡Oh perla de las mujeres!  
Si yo a tu lado viviera,  
jurándote a cada instante  
eterno amor, fe constante,  
¿a qué monarca pudiera  
tener envidia tu amante?

FLORA

¿Qué dudas, pues, si es así?  
Pues tú quieres y yo quiero,  
sé desde hoy mi compañero,

no te separes de mí.

DON LUIS

Preciso fuera primero  
ser tu esposo.

FLORA

Selo pues.

No pienses que yo me asombre;  
Tomasa a Juan da ese nombre,  
¡y dulce, muy dulce que es!

DON LUIS (Aparte.)

¡Que esto escuche, y calle un hombre!

FLORA

Seremos inseparables.

DON LUIS

¡Flora!...

FLORA

Los dos gozaremos  
placeres puros y extremos;  
goces del alma inefables.

DON LUIS

¡Ah! ¡Lo sé! ¡Fueran supremos!

FLORA

Pues ¿quién la desgracia nombra?

Juntos del monte en las faldas,

juntos del bosque a la sombra,

¡flores nos darán alfombra!

¡flores nos darán guirnaldas!

Correremos, Luis querido,

cual cervatillos gemelos,

por todo el campo florido...

o cual pichones de un nido,

que al par emprenden sus vuelos.

Juntos nos verá al brillar

la aurora, juntos el sol

su ardiente rayo al lanzar,

y al sepultarse en el mar

tiñéndolo de arrebol.

Juntos -sin que nos dé espanto

de la noche el rostro austero-  
a cada hermoso lucero  
de los que bordan su manto,  
pondremos nombre hechicero.  
Y si te aduerme el frescor,  
para arrullarte, Luis mío,  
cantaré un himno de amor  
que aprendí del ruiseñor  
en una noche de estío.  
Pero si plácida luna  
su pálida faz ostenta,  
y allá en las aguas -que argenta-  
juega la brisa importuna,  
o suspira soñolienta,  
también los dos -a la par  
rompiendo las mansas olas-  
las haremos suspirar  
y en mil círculos formar  
caprichosas aureolas;  
¡pues cuando ligera nado  
batiendo la blanca espuma,  
no vuela en el aire pluma  
ni pez surca el mar salado,  
que aventajarme presuma!

DON LUIS

Cesa, Flora; me haces daño  
con cuadro tan lisonjero.

FLORA

¿Pues no lo hallas verdadero?

DON LUIS

¡Ay!, por fatalismo extraño,  
tú enciendes mi amor primero  
en el propio infausto día  
en que tal vez...

FLORA

¿Qué sucede?

DON LUIS

De un deber la tiranía,  
a aceptar cadena impía  
acaso obligarme puede.

FLORA  
¿Cadena?

DON LUIS  
Al tender quizá  
la noche su opaco velo,  
pronuncie a la faz del cielo...  
Decirte no puedo más...  
se apaga mi voz, y un hielo  
por mis venas corre.

FLORA  
(Como recordando de pronto.)  
¡Ah! ¡Sí!  
Lo recuerdo en este instante  
El anciano hablaba aquí  
con Juan, y todo lo oí,  
porque no estaba distante.  
Trataron de un casamiento  
¿Era el tuyo?

DON LUIS (Aparte.)  
Suerte cruda!

FLORA  
¿Era el tuyo?

DON LUIS(Aparte.)  
¡Atroz momento!

FLORA  
¿Era el tuyo! ¡Sí! ¡Lo siento!  
No puede quedarme duda.

DON LUIS  
Lo has acertado, no miento.

FLORA  
Pues si de otra eres esposo  
¿por qué decir que soy bella,  
y por el campo afanoso  
correr buscando mi huella?

DON LUIS  
¡Porque te amo!

FLORA

¡Mentiroso!  
¿Me amas y hacer compañía  
prefieres a otra mujer?

DON LUIS

¡Ah!, no ha sido elección mía;  
cediendo a larga porfía,  
obligado por deber  
tirano...

FLORA

¿Te obligan?

DON LUIS

Sí.  
Un empeño... la opresión  
que ejercen con su opinión  
los hombres...

FLORA

¡Ah! ¿Cómo así?  
¿Tan malos los hombres son?  
Pues huye de ellos... ¿qué esperas?  
¡Huyamos! Cese tu afán;  
dejo a Tomasa y a Juan...  
y a mis flores... (Conmovida.) Las postreras  
que bese, aquéstras serán.  
¡Ven! ¡Dicen que el mundo es grande!  
Lejos, muy lejos iremos,  
y allá dichosos seremos  
porque no habrá quien nos mande.

DON LUIS

Pero...

FLORA

¡Corramos! ¡Volemos!

DON LUIS

Escucha...

FLORA

No tengo oídos.

DON LUIS

Mas ¿cómo vivir los dos  
solos, pobres, desvalidos,  
por ese mundo perdidos?...

FLORA

¡En todas partes hay Dios!  
No han allegado un tesoro  
flores que viven un día,  
(Señala las del jardín.)  
y ya ves que Él, que las cría,  
de nácar, púrpura y oro,  
las viste a su fantasía.  
Y oyes en tomo del nido  
dos pajarillos cantar  
con amoroso descuido,  
aunque nada han recogido  
que los pueda alimentar  
pero saben que la mano  
que al sol rige a su placer,  
y enfrena al rudo Oceano,  
es la que cuida del grano  
que mañana han menester.

DON LUIS

¡Ah!, tus acentos me encantan,  
me enloquece tu ternura,  
y por lograr la ventura  
que me ofreces, no me espantan  
riesgos mil, te lo asegura  
mi corazón; mas deberes  
tienen los hombres honrados,  
y hay compromisos sagrados  
que hoy impiden lo que quieres.

FLORA

¿Lo impiden?

DON LUIS

Pero me alienta  
una esperanza, aunque triste;  
no te digo en qué consiste,  
mas pues ella me sustenta,  
no olvides, Flora, que existe.

FLORA

Nada espero, nada ya,

sino un eterno dolor.

DON LUIS

(Desprendiéndola del ojal.)

Testigo sea esta flor.

FLORA

No la invoques; ¡muerta está!

(Se la quita interrumpiéndole.)

¡Ya ves! Consume tu amor.

DON LUIS

Pues yo por él te aseguro,  
aquí, a presencia del cielo...

FLORA

(Interrumpiéndole y señalando las flores del  
jardín.)

Y yo por ellas te juro

-y el sol las queme, y el hielo,

si muevo un labio perjuro-

que más no te he de creer,

si aquí no logras probarnos

que no hay para ti deber

que primero deba ser

que el de acogernos y amarnos.

(Se va por la izquierda.)

### *Escena VI*

Don Luis

DON LUIS

¡Flora! Seguiré tus pasos...

Mas ¿a qué? ¿Con qué designio?

justo es su enojo... ¿Qué puedo

decirla, ni a qué me obligo?

De si es o no loca Inés

hoy depende mi destino...

Sólo una causa cual ésa

romper puede un compromiso

tan grave. ¡Si Dios se digna!...

¡Oh!, mí deseo es impío;

mas no alcanzo otro recurso.

Ver, indagar, es preciso  
(En ademán de dejar la escena.)  
Si la vista no me engaña  
la trae el cielo a este sitio.

*Escena VII*

Doña Inés, don Luis y Beatriz

DOÑA INÉS (A Beatriz, al salir.)  
Tal vez me libre el Señor  
por ese medio imprevisto.

BEATRIZ  
¡Calla! Está aquí.

DOÑA INÉS  
Lo celebro.  
Saber lo que hay determino.

DON LUIS  
(Aparte y observando a doña Inés con disimulo.)  
Ansío y temo el hablarla.  
¡Si la hallo cuerda, me abismo!

DOÑA INÉS  
(A Beatriz, mirando a hurtadillas a don Luis.)  
¡Si lo hallo loco, me salvo!

BEATRIZ  
¡Háblale, pues!

DON LUIS (Aparte.)  
¡Me decido!  
(Doña Inés y don Luis, que se han observado a hurtadillas, se acercan de pronto el uno al otro, diciendo al mis mo tiempo la palabra siguiente.)

DON LUIS y DOÑA INÉS  
Quisiera...

DON LUIS  
Prosiga usted,  
señora.

DOÑA INÉS  
No; le suplico  
que hable usted...

DON LUIS  
Sólo quería,  
por el placer que recibo  
en ello, escuchar su acento...

DOÑA INÉS  
También yo gozo infinito  
oyendo al señor don Luis.

DON LUIS  
De tal dicha no soy digno.

DOÑA INÉS  
Estando ya tan cercano  
el instante decisivo  
que enlazar debe por siempre  
con el de usted mi destino,  
justo es que hablemos los dos  
con franqueza, sin testigos  
importunos.

DON LUIS  
Yo lo anhelo.  
(Aparte.)  
Apenas tengo resquicios  
de esperanza.

DOÑA INÉS  
Si usted gusta...  
(Invitándole a sentarse, y haciéndolo ella.)

DON LUIS  
Con placer y agradecido.  
(Se sienta.)  
(Beatriz se aleja un poco. Doña Inés y don Luis se observan mutuamente, esperando cada uno de ellos que hable el otro.)

BEATRIZ (Aparte.)  
¡Si yo pudiera a Tomasa  
ver entretanto!

DOÑA INÉS (Aparte.)  
Principio,  
pues él calla, daré yo  
a la plática en que cifro  
mi esperanza.

DON LUIS (Aparte.)  
¡Está turbada!...  
A echar la sonda me animo.

DOÑA INÉS y DON LUIS (A un tiempo.)  
Conque...  
(Se detienen ambos.)

DOÑA INÉS  
¡Vamos! Diga usted.

DON LUIS  
Parece que convenimos  
el momento de empezar  
siempre a la vez.

DOÑA INÉS  
Yo retiro  
mi palabra; a usted le toca  
comenzar, claro y explícito,  
este coloquio importante.

DON LUIS  
Con deferencia me eximo;  
pues saber lo que usted quiere,  
lo que espera, es cuanto ansío.

DOÑA INÉS  
(Como desesperanzada al oír a su interlocutor  
hablar razonablemente.)  
¡Ah, don Luis!, no espero nada.  
Suerte infausta me ha cabido.

DON LUIS (Aparte.)  
(Cobro ánimo.) ¿Con que juzga  
usted que tiene mal signo?

DOÑA INÉS  
Sí, muy malo; no hay quien pueda  
quejarse con más motivo

del rigor, de la injusticia...

BEATRIZ

(Acercándose presurosa.)

Querida Inés, te convido  
a dar un corto paseo;  
ya ves, el tiempo es magnífico.

DON LUIS (Aparte.)

Bueno. La nodriza teme  
dejarla hablar.

DOÑA INÉS

No te impido  
que vayas a espaciarte;  
antes, más bien, te lo exijo.

DON LUIS

Sí, corra usted.

BEATRIZ

Pero...

DOÑA INÉS

¡Vete!

BEATRIZ

Pues lo ordenas, no replico.  
(Se aleja sin desaparecer de la escena.)  
(Aparte.)  
¡Dios ponga freno en su boca!

DON LUIS

¿Conque, acusa usted de impíos  
a sus hados?

DOÑA INÉS

Y tampoco  
juzgará usted que propicios  
son los suyos.

DON LUIS

¿Yo? La causa  
no alcanzo; mas ya imagino  
cuál es la que encuentra usted:  
saber que no soy querido

por quien su mano me otorga  
que, antes bien, horror la inspiro.

DOÑA INÉS

¿Lo piensa usted así?

DON LUIS

¡Lo veo!

Aquel espanto, aquel grito  
que hoy -al brindarle mi brazo  
me mostró todo el desvío  
que siente por mí...

DOÑA INÉS

No acierta

usted: mi espanto provino  
de un objeto que...

BEATRIZ

(Acercándose nuevamente con prisa y con  
inquietud.)

Inesita,  
suele el aire ser nocivo  
a personas delicadas;  
yo te ruego...

DOÑA INÉS (Indignada.)

Y yo te intimo  
que a interrumpirme no vuelvas.

DON LUIS (Aparte.)

¡Es loca! ¡Sí! ¡Ya respiro!  
Si un incidente casual  
motivó lo que he creído  
fuera horror a mi persona...

DOÑA INÉS

Que se engañó le repito.  
De otro punto hablar debemos  
más importante, y le pido  
me oiga un momento.

DON LUIS

Ya escucho...

DOÑA INÉS

Confieso que no concibo  
que en un negocio tan grave  
como es casarse, sumiso  
al gusto de otro, se plegue  
usted, y acepte unos grillos  
que harto le deben pesar.

DON LUIS (Aparte.)  
¡Malo!... ¡Encuentro raciocinio!

DOÑA INÉS  
Usted jamás podrá amarme,  
y por respetos mezquinos  
torciendo su inclinación,  
se ha prestado a un sacrificio.

DON LUIS  
¡Sacrificio!... ¡Qué palabra  
tan fuerte!

DOÑA INÉS  
La ratifico.  
No use usted de miramientos,  
que hoy fueran intempestivos.  
Tanto le oprime y trastorna  
aquel enlace maldito  
que le imponen, violentando,  
señor don Luis, su albedrío,  
que el Barón llegó a creer

DON LUIS  
¿Qué?

DOÑA INÉS  
¿Qué? Me pesa decirlo.  
Que estaba usted loco.

DON LUIS  
(Levantándose con asombro.)  
¡Yo!

DOÑA INÉS  
Y confieso mi delito;  
de nuestro yugo cercano  
de tal modo me horrorizo,  
que fundé triste esperanza

en hallarle a usted sin juicio.

DON LUIS

¡Cosa más rara!... Señora,  
éste es un hecho inaudito...  
porque... -lo veo- tampoco  
es loca usted...

DOÑA INÉS

(Levantándose con asombro también.)  
¡Cómo!

DON LUIS

Digo  
que igual ha sido el engaño  
y el crimen; pues yo he creído  
que su razón no era sana,  
y -por horrible egoísmo-  
mi libertad fundé en ello  
con odioso regocijo.

DOÑA INÉS

¡La coincidencia es extraña!  
Mas, en fin, lo positivo  
es que nos casan, si modo  
no encuentra usted de impedirlo.

DON LUIS

Eso a usted le corresponde.

DOÑA INÉS

¡A mí!... Mi sexo es muy tímido;  
pero no es justo que a un hombre  
se le trate como a un niño,  
y de su suerte futura  
otro disponga a su arbitrio.

DON LUIS

Ni hay razón para que usted,  
con su edad, con su atractivo,  
pudiendo a gusto escogerlo  
se deje dar un marido.

DOÑA INÉS

Caballero, tengo un padre.

DON LUIS

Señorita, tengo un tío.

DOÑA INÉS

Mas, pues yo para que rompa  
hoy le estímulo, le aguijo

DON LUIS

Hacerlo fuera un ultraje  
a su decoro, que estimo  
en mucho; fuera prestar  
pretexto al vulgo maligno  
para suponer patrañas  
que manchasen su honor limpio.  
Usted sí que romper puede  
sin desdoro, sin peligro;  
pues a los fueros de dama  
todo le está permitido.  
Plánteme usted; cuando más,  
lo achacarán a capricho....  
y si aún eso evitar quiere,  
diga usted -la doy permiso-  
que soy un necio, un tronera,  
que estoy plagado de vicios.

DOÑA INÉS

No prosiga usted; primero  
que recurrir a artificios,  
a ser por siempre infeliz  
me conformo, me resigno.

DON LUIS

Mas, ¡ah señora!, por Dios;  
no es soportable el martirio  
de mirar siempre a su lado  
un objeto aborrecido.  
Téngase usted compasión;  
rompa su empeño conmigo  
sin miramiento ninguno.  
Si es menester me arrodillo  
demandándole esa gracia,  
por su bien, no por el mío.

(Dobla una rodilla a los pies de doña Inés.)

DOÑA INÉS

Pero, don Luis...

*Escena VIII*

Don Luis, doña Inés, el Barón y el Conde

EL BARÓN

(Al ver a DON LUIS a las plantas de doña Inés.)

¡Bravo! ¡Bravo!

No hay que asustarse, chiquillos.

Gozamos el Conde y yo

al veros así, tan tímidos,

tan amartelados.

DOÑA INÉS

¡Padre!

EL BARÓN (A DON LUIS.)

¡Tú también, pobre novicio,

te ruborizas?

DON LUIS

Señor...

EL CONDE

¿Dónde has estado, sobrino?

DON LUIS

Me perdí por esos campos,

y acaso le habré tenido

inquieto a usted; mas perdón

de su bondad solícito.

EL BARÓN

Ya no hay en nadie inquietudes,

gracias a Dios; ni aun vestigios

quedan de ellas. (Al Conde.) ¿No es verdad?

EL CONDE

Si opina usted...

EL BARÓN

Lo que opino

es que la boda esta noche

debe hacerse.

EL CONDE

Convenimos,  
sin embargo, en que se aplace  
el suceso apetecido,  
si la salud de esta dama  
lo exige.

EL BARÓN

Yo garantizo...

EL CONDE

A ellos toca el resolver,  
y yo, amigo, me anticipo  
a decir que -pues los veo  
cabizbajos e indecisos-  
desde luego mejor fuera  
retardáramos...

EL BARÓN

No atino  
por qué razón, Conde. ¡Ea!  
hablar vosotros... ¡prontito!  
¿Qué queréis? ¿Qué deseáis?

DOÑA INÉS

En todo, padre, suscribo  
a lo que diga don Luis...

DON LUIS

Yo, tío, a Inés me remito.  
Hoy o mañana es igual  
para mí.

DOÑA INÉS

Pienso lo mismo;  
si ha de ser, no importa el cuándo.

EL BARÓN

Pues entonces yo decido  
la cuestión por lo más pronto.  
(A don Luis.)  
¿Lo apruebas?

DON LUIS

(Suspirando.)  
No contradigo.

EL BARÓN  
(A doña Inés.)  
¿Y tú?

DOÑA INÉS  
(Suspirando.)  
Prometí obediencia.

EL BARÓN  
¡Conde!, ya usted los ha oído,  
y condesciende sin duda...

EL CONDE  
Si ellos quieren, no replico.

EL BARÓN  
¡Eh, pues! ¡Abraza a tu esposa!

DON LUIS  
Pero...

DOÑA INÉS  
(Aparte, apoyándose en Beatriz.)  
¡Esto más!...

EL BARÓN  
¡Ve, Luisito!  
Abraza y firme... ¿Qué esperas?  
Lo consiento, lo autorizo.

DON LUIS  
Obedezco... ¡Ah!  
(En el momento en que don Luis se adelanta para acercarse a doña Inés, que se halla algo desviada hacia la derecha, aparece Flora por la izquierda, a espaldas del Conde. Don Luis, que al ir a abrazar a su futura dirige a su tío una mirada de angustia, ve a Flora y lanza un grito; ella corre velozmente y se entra en la glorieta haciéndole un gracioso gesto de amenaza; él se para turbado, sin llegar a doña Inés, con los ojos fijos en la glorieta.)

EL BARÓN (Aparte.)  
¿Qué le pasa?

EL CONDE

(Llegándose a él.)  
¡Luis!

EL BARÓN  
¿Acaso te has torcido  
un pie?

EL CONDE  
¿Qué miras?  
(Siguiendo con sus ojos la dirección de los de don Luis.)

DON LUIS  
Yo... nada...

EL CONDE  
¡Nada!

DON LUIS  
No... En efecto, miro...  
Pero no es nada... una flor...

EL CONDE y EL BARÓN  
¡Una flor!...

DON LUIS  
(Turbado y sin saber qué decir.)  
¡Pues!... de improviso  
me acordé que esta mañana,  
al verla, tuve el designio  
de presentársela a Inés...  
y avergonzome el olvido  
de aquel propósito.

EL CONDE (Aparte.)  
¡Siempre  
las flores!

EL BARÓN  
(Al Conde.)  
Será un marido  
ejemplar.  
(A don Luis.)  
Pues llega, corta,  
y hazle la ofrenda a tu ídolo,  
que la distracción pasada  
perdona a tu amor contrito.

(DON LUIS, siempre mirando a la glorieta, corta la primera flor que encuentra, que es una de lis.)

EL CONDE (Bajo al Barón.)  
Sepa usted que son las flores  
su escollo, su precipicio,  
su extraña monomanía...

EL BARÓN  
¡Bah, Conde!... (A don Luis.) De tu cariño  
presenta la linda prenda.  
DON LUIS (Presentando la flor a doña Inés.)  
Ruego a usted...

DOÑA INÉS (Retrocediendo con espanto al ver la flor.)  
¡Cielos!... ¡Oh impío!...  
¡Ella... otra vez!... ¡en tu mano!...  
¡Aparta, aparta, vestiglo!...  
Ya te comprendo... ¡Sí! ¡Basta!  
¡Soy inocente!... yo espiro.  
(Cae desmayada.)

EL BARÓN  
¡Hija!

DON LUIS  
¡Conde!...

EL CONDE  
¡Desmayose!

BEATRIZ  
Como un tronco: ¡Dios bendito!  
Si las flores la producen  
vapores y parasismos.

EL CONDE  
Las flores!

BEATRIZ  
Sólo su nombre  
basta a sacarla de quicio.

EL BARÓN  
¡Es posible!

EL CONDE  
¡Cosa extraña!

BEATRIZ  
Tiene espasmos convulsivos  
siempre que las ve.

EL BARÓN  
Si hubiera  
tal circunstancia sabido...  
mas volviendo... ¡Inés! ¡Hija!

EL CONDE (Aparte.)  
¡Señor!, esto es inaudito.

BEATRIZ (Dándole a oler un pomo.)  
Con esta sal de Inglaterra...  
Siempre la traigo conmigo  
para un lance.

DOÑA INÉS  
¡Ah!

EL BARÓN  
Ya respira.

BEATRIZ  
¡Hija!

EL BARÓN  
¡Inesita! ¡Mi hechizo!

DOÑA INÉS  
¿En dónde estoy?...

EL BARÓN  
En mis brazos.

BEATRIZ  
Con tu Beatriz.

DOÑA INÉS  
Necesito  
aire... me falta el aliento...  
Tuve un sueño...

BEATRIZ  
(Interrumpiéndola con viveza.)  
¡Sueño ha sido;  
no hables más!

EL BARÓN  
Darla reposo.

BEATRIZ  
Que me preste el Conde auxilio  
para llevarla a su cuarto.

DON LUIS  
Yo también...

BEATRIZ (Rechazándolo.)  
No; no es preciso.  
Entre el Conde y yo...

EL CONDE  
Inesita,  
mi brazo la ofrece arrimo.  
Apóyese usted...

EL BARÓN  
¡Llevala!  
Yo, con este reumatismo,  
no tengo, y más si me asusto,  
ni las fuerzas de un mosquito.

(Se llevan a doña Inés entre el Conde y Beatriz.)

### *Escena IX*

El Barón, don Luis, luego Juan, Tomasa, Criado .º y Criado .º

DON LUIS (Aparte.)  
O está loca muy de veras,  
o nada de esto me explico.

EL BARÓN  
¡Malditas las flores sean!  
Como yo hubiera previsto...

Pero ni una ha de quedar  
con vida en estos dominios.

(Llamando.)

¡Antonio! ¡Pablo!

DON LUIS (Aparte.)

¿Qué intenta?

EL BARÓN

¡Eh! ¡Tomasa! ¡Juan! ¡Benito!

JUAN (Viniendo, y en pos suya los Criados.)

¿Llama el amo?

TOMASA (Saliendo de la casa.)

¿Qué ha pasado?

EL BARÓN

¡Escuchad todos! Yo firmo  
sentencia de muerte...

JUAN (Retrocediendo.)

¡Muerte!...

EL BARÓN

Contra esos seres dañinos  
que flores tienen por nombre.  
Quede al punto destruido  
este jardín.

JUAN (Aparte.)

¡Santo Dios!

EL BARÓN

¡Que ni un resto, ni un vestigio  
encuentren aquí mis ojos  
de que tal cosa ha existido!  
(Se entra en la casa.)

*Escena X*

Don Luis, Juan, Tomasa y luego Flora

(Toda esta escena es muy viva.)

JUAN  
Pero las pobres...

TOMASA  
Nos toca  
obedecer, pues servimos.

JUAN  
¡Mis flores!... ¡ay!... ¡qué soponcio!

TOMASA  
El amo manda.  
JUAN (Llorando.)  
No impido...  
Pero...

CRIADO 1.º  
¡Eh!, manos a la obra.

CRIADO 2.º  
¡A ellas, pues!  
(Van a arrancar las plantas y Flora sale de pronto de la glorieta y los de tiene con su ademán.)

FLORA  
¡No lo permito!  
¡Atrás todos!

JUAN (Con tono plañidero.)  
¡Flora!

TOMASA (Con tono de reconvención.)  
¡Niña!

DON LUIS (Aparte.)  
¡Yo a este impulso no resisto!

CRIADO 1.º ¡Nada me para! Obediencia  
es mi aquel.

CRIADO 2.º  
Me encuentro listo.  
(Vuelven a avanzar hacia las flores.)

FLORA

¡Tened! ¡Lo mando!... ¡Lo ruego!  
¡Por Dios! ¡Por Dios!...

TOMASA (Sujetándola.)  
¡Loca!

FLORA (Luchando por desasirse de Tomasa.)  
¡Inicuos!  
¡Al arrancar la primera,  
oiréis mi postrer suspiro!

DON LUIS (Aparte.)  
¡Pobre niña!...

JUAN (Sollozando.)  
¡Ay!...

TOMASA  
Que se haga  
lo que el señor ha prescrito.

DON LUIS (Corriendo a ella.)  
¡Flora!

FLORA (Que se suelta de los brazos de Tomasa y va a arrojarse entre las flores.)  
¡Mi tumba serán,  
como antes mi cuna han sido!

DON LUIS  
¡Salid; ni una hoja se arranque!

TOMASA  
Señor don Luis...

DON LUIS  
¡Lo prohíbo!

CRIADO .  
°El amo las condenó...

DON LUIS  
Pero yo las patrocino,  
porque las amo, y resuelvo  
no tolerar desatinos.

FLORA (Con regocijo y entusiasmo.)

¡Él nos ama! ¡Él nos defiende!  
¡Ahora al mundo desafío!

DON LUIS  
¡Mi bien!

FLORA (Bajando al proscenio y dirigiéndose a las flores que hay a uno y otro lado.)  
¡Nardos!, ¡dalias!, ¡rosas!  
¡claveles!, ¡violetas!, ¡lirios!,  
¡él es nuestro!  
(Se echa en los brazos de don Luis.)

DON LUIS (Transportado.)  
¡Para siempre!

TOMASA  
¡El novio de Inés!...

JUÁN  
¡Ay, Cristo!

### ACTO TERCERO

Sala en la casa de campo donde pasa la acción, amueblada con elegante sencillez. Puertas laterales y al fondo. Comienza a anochecer

#### *Escena I*

El Conde y el Barón

(El primero está sentado junto a un velador, en actitud pensativa; el otro de pie junto a él.)

EL BARÓN  
Vamos, Conde, no hay motivo  
para una pena tan grave.

EL CONDE  
(Sin dejar su actitud.)  
.Para usted todo es pequeño

EL BARÓN

Y para usted todo es grande.  
Que Inés sólo al ver las flores  
se atribule, se desmaye,  
y declarándose enferma  
la alcoba y el lecho guarde;  
que por contrario capricho  
a Luis las flores le agraden  
tanto, que -como usted dice-  
pronunciara mil dislates  
encareciendo su afecto,  
no es, por Dios, causa bastante  
para que usted de tal modo  
se acongoje, se anonade.

EL CONDE

Pero ¿es posible, Barón,  
que usted de capricho trate  
lo que ha visto? ¿Que aún después  
de lo que pasó esta tarde,  
juzgue extraña mi tristeza,  
y exagerado me llame?

EL BARÓN

Pues ¿qué quiere usted?... ¿que piense,  
que divulgue en todas partes  
que están locos?

EL CONDE

Dios me libre  
de querer que usted ni nadie  
tan gran desgracia divulgue;  
pero es fuerza que me pame  
de que así la desconozca,  
aunque la mire y la palpe.

EL BARÓN

Por Dios, Conde, no persista  
en querer atribularme  
con sus tristes convicciones,  
que es muy posible lo engañen.  
En cuanto a Luis, no me atrevo  
a decir, sin más examen,  
lo que es cierto y lo que es falso;  
pero salgo aquí garante  
de la razón de mi hija,  
y no hay para qué asociarme

a la desgracia de usted,  
si aquélla efectiva sale.

EL CONDE  
Si usted me fuerza a decirle  
la verdad...

EL BARÓN  
Sin temor hable.

EL CONDE  
Pudiera acaso ofenderle  
y afligirle.

EL BARÓN  
Nada calle.

EL CONDE  
Pues bien, Barón, esa boda  
que a usted tanto le complace,  
y que yo propio creía  
fausta, acertada, loable,  
era para el pobre Luis  
-que no es amado ni amante  
de Inés-, atroz sacrificio,  
que con interno combate  
ha agitado su razón  
hasta dar con ella al traste.  
Pero respecto de Inés,  
sepa usted, si no lo sabe,  
que no es nuevo su infortunio.

EL BARÓN  
¡Cómo!

EL CONDE  
En Valencia se esparcen  
rumores que lo acreditan  
de antiguo.

EL BARÓN  
Pues es infame,  
inicua, torpe calumnia.

EL CONDE  
Así lo pensé yo antes.

EL BARÓN

Y yo lo afirmo ahora y siempre,  
pues -aunque ausente me hallase-  
no hubo palabra de Inés,  
ni acción insignificante,  
que no fuera conocida  
de mí. Sí, Conde; es en balde  
que por amenguar su mérito  
necias patrañas levanten,  
pues me consta que ha tenido  
muy íntegras, muy cabales,  
en todo tiempo y sazón  
sus preciosas facultades.

EL CONDE

Plegue al cielo...

EL BARÓN

Si acontece,  
(¡y de ello el cielo me salve!)  
si acontece que un trastorno  
de sus órganos mentales  
se patentice algún día,  
tenga usted por indudable  
que en esta casa funesta  
comenzó, Conde, y que nace  
-como usted mismo lo ha dicho-  
de un maleficio execrable,  
cuyo instrumento visible  
las flores son.

EL CONDE (Aparte.)

¡Pobre padre!

EL BARÓN

De tal verdad convencido,  
la orden di de que se arrase  
el jardín; de que no queden  
ni reliquias, ni señales  
de esas maléficas yerbas.  
¡Oh!, ¡me son tan repugnantes  
desde hoy, me son tan odiosas,  
que por no verlas delante  
de mis ojos, capaz fuera  
capaz, Conde, de marcharme

a hundirme allá entre los hielos  
de los círculos polares!

*Escena II*

El Conde, el Barón y Juan

(Juan entra sin ser visto de los dos interlocutores de la escena anterior.)

EL CONDE

Es usted muy extremoso.

EL BARÓN

Y no hay miedo que me ablande.  
¡No más flores! ¡No más flores!  
¡Que del suelo se descuajen  
para siempre!

JUAN (Aparte.)

¡Dios bendito!

EL BARÓN

¡Son unos seres fatales!  
Ya a estas horas no habrá una  
con vida.

JUAN (Aparte.)

¡Virgen del Carmen!  
¿Cómo decirle?...

EL BARÓN

Ahora mismo  
voy a mandar que preparen  
una hoguera, en que las quemen  
todas juntas, dando al aire  
-después de que hayan ardido-  
sus pavesas humeantes.

(Al volverse ve a Juan.)

JUAN (Aparte.)

¡Ay!

EL BARÓN

¡Juan!, a buen tiempo llegas.

JUAN (Aparte.)  
A muy malo.

EL BARÓN  
¡Escucha!

JUAN (Acercándose con timidez.)  
Mande  
usía...

EL BARÓN  
Préndase fuego  
en las plantas que arrancaste,  
hasta volverlas cenizas.  
¡Ve a ejecutarlo! No tardes.

EL CONDE (Aparte.)  
¡Vaya un remedio!

EL BARÓN (Con enojo a Juan.)  
¿Qué esperas?

JUAN  
Nada, señor... no se enfade;  
mas es el caso que todo  
se halla lo mesmo, tocante  
al jardín; nada arranqué.

EL BARÓN  
¡Imbécil! ¿Pues no escuchaste  
mi mandato?

JUAN  
Su mandato  
fue que todo se arrasase;  
mas es el caso que usía  
-y en esto que Dios repare-,  
si bien aquello me dijo,  
también me ordenó denantes  
que el respeto y la obediencia  
naide a su yerno negase.

EL BARÓN  
Pero ¿qué tiene que ver...?

JUAN

Si no me deja que acabe...

EL BARÓN

Acaba con mil demonios,  
o que ellos contigo carguen.

JUAN (Santiguándose.)

¡Jesús, María!

EL CONDE

Ven, Juan,  
explícanos -sin ambages-  
por qué la orden no cumpliste,  
y qué vínculo, qué enlace  
hay entre eso y mi sobrino.

JUAN

Sí que lo haré, Dios mediante.

EL CONDE

Habla pues.

EL BARÓN

Pronto y claro.

JUAN

Pues hablo, y digo que atañe  
a la orden que dio primero  
el que a la última se falte;  
pues como dijo don Luis  
que a las flores no tocarse  
naide, porque eran su amor,  
y que daría su sangre  
por ellas...

(El Conde y el Barón se miran.)

EL BARÓN

¡Conde!

EL CONDE

¿Más pruebas  
quiere usted?

EL BARÓN

¡Dios nos ampare!

JUAN

Allá queda en el jardín,  
muy resolute y muy jaque,  
preparado a defenderlas  
de todos, y a todo trance;  
pues como él dice que...

EL CONDE

Basta.

EL BARÓN

Ve, Juan, dile que descanse;  
que la sentencia revoco.  
(Al Conde, bajo.)  
¿Quién contradice a un orate?

JUAN

Voy corriendo.

EL CONDE

Y le dirás  
también -si accede a escucharte-  
que aquí le espera su tío,  
que le llama y quiere hablarle.

JUAN

Bien está. (Aparte.) Dios no premita  
que el don Luis por disculparse  
nombre a la chica.

EL BARÓN

¿Aún no has ido?

JUAN

Sí, señor. (Aparte.) Ya está con llave  
por mi mujer encerrada,  
y pronto, que chille o rabie,  
la llevo a cas de la Bruna  
hasta que el otro se marche.

*Escena III*

El Barón y el Conde

EL CONDE

¡Ay, Barón!

EL BARÓN

¡Ay, Conde!

EL CONDE

Creo

que usted o yo somos culpables  
de algún horrendo delito,  
que hoy quiere Dios que se pague.

EL BARÓN

¿Quién podía imaginar  
que causarían daños tales  
esas efímeras yerbas,  
lujo inútil de los valles?

EL CONDE

Cuanto pasa es increíble.

EL BARÓN

Pero ¿estará de remate  
el pobre Luis?

EL CONDE

¡Dios no quiera!

EL BARÓN

Pues va a venir, Conde, abarque,  
mida usted todo el abismo  
del mal; que acaso se alcance  
algún remedio; yo voy  
a ver a mi hija al instante,  
que en lo que antes observé  
no quiero, amigo, fiarme.  
¡Dios piadoso, no me quites  
la esperanza vacilante  
que aún me resta! ¡Mi hija loca!...  
¡Caiga este techo y me aplaste  
si tal desdicha he de ver,  
o el suelo se abra y me trague!

(Se va.)

*Escena IV*

El Conde

¡La desgracia es, en efecto,  
extraña, enorme, espantable!  
El mismo infierno parece  
que la engendró y que la aplaude.  
Yo estoy absorto, aturdido...  
todas mis fuerzas se abaten.  
(Se sienta de nuevo y apoya la frente en una mano.)

*Escena V*

El Conde y Flora

(Flora aparece a espaldas del Conde, y habla al principio sin verlo.)

FLORA

¡Victoria! Logré escaparme:  
ahora que grite Tomasa,  
mi Luis se hospeda en la casa  
y hallará dónde ocultarme.  
Me arrancaron de sus brazos,  
mas de él estoy satisfecha,  
y por hablarle desecha...  
¡Firmes son ya nuestros lazos!  
Quiero buscarle... no está  
ni en ésta ni en la otra sala...

(El Conde suspira, y Flora, que se ha aproximado a él sin verlo, dice:)

¿Quién ese suspiro exhala?...  
¡Un hombre!... ¡Sí! ¡Lo hallé ya!

(Le toca en el hombro al Conde, que tiene inclinada la cabeza, y que la levanta y se incorpora sorprendido.)

¡Luis!... No es él...

(Retrocede al encontrarse frente a frente con el Conde.)

EL CONDE (Aparte, mirándola con sorpresa.)  
(¡Rara hermosura!)  
Bella niña... ¿busca usted  
a alguien?

FLORA (Con timidez.)  
Sí... me hará merced  
sí me indica...

EL CONDE  
¿Por ventura  
el Luis que nombró al llegar  
será tal vez mi sobrino?

FLORA (Con alegría.)  
¡Qué escucho! ¡Fausto destino!  
¡Y yo que me iba a marchar  
medrosa!... ¿Conque, eres tío  
de Luis? Al verte esa cara  
tan seria, ¿quién lo pensara?  
Pero ya no me desvíó...  
al contrario, te querré  
-porque es razón que así sea-  
tanto como él.

EL CONDE (Aparte.)  
(¡Me tutea!...  
Su franqueza imitaré.)  
¿Conque, es Luis tu conocido?

FLORA  
¡Vaya!, ¡pues no lo sería!

EL CONDE  
Disimula... no sabía...

FLORA  
¡Pues si es mi amigo querido!

EL CONDE  
¿Desde cuándo esa amistad  
comenzó, puedo saber?

FLORA (Con gravedad.)

Desde hoy al amanecer.

EL CONDE

¡Respetable antigüedad!

FLORA

Juró ser mi compañero.

EL CONDE

No era amargo el compromiso.

FLORA (En ademán de irse.)

Conque, ya ves que es preciso  
que le busque: hablarle quiero.

EL CONDE

¿Cerca de aquí vivirás  
sin duda?

FLORA

¿Yo?... soy de casa.

EL CONDE

¡Cómo!

FLORA

Sí; pero se pasa  
una semana, y aun más,  
sin que deje la glorieta  
del jardín; pues no me agrada  
estarme aquí fastidiada  
y por Tomasa sujeta.

EL CONDE

Aunque tal hija no cuadre  
a un rústico, el jardinero  
es tu padre, a lo que infiero.

FLORA

Te engañas: nací sin padre.

EL CONDE

¡Cómo sin padre!

FLORA

Soy Flora.

EL CONDE

Será ése acaso tu nombre,  
pero... por fuerza hubo un hombre  
que te dio vida; en buen hora,  
pues debe orgulloso estar.

FLORA (Riéndose.)

¡Vaya! ¿Qué sarta de errores!  
Si son mis madres las flores,  
¿qué padre puedo nombrar?

EL CONDE

¿Las flores?...

FLORA

Si hay padre mío,  
cual dices tú debe haber,  
el sol lo debe de ser...  
o el céfiro... o el rocío...

EL CONDE (Aparte.)

¡Vamos! ¡Vamos! Se me cae  
una venda... ya comprendo...

FLORA (Que mira hacia el fondo.)

No viene Luis.

(Al Conde.)

Voy sintiendo  
enojos....¿Quién lo distrae  
lejos de mí?

EL CONDE

No lo sé.

FLORA

Pero ¡cuánto tarda! ¡Cuánto!  
(Va a mirar por un lado y otro.)

EL CONDE (Aparte.)

Si él está loco, no es tanto,  
al menos, como pensé.  
¡Esta pobre criatura  
sí que lo está de remate!

FLORA (Volviendo.)

Pues como más se dilate...

EL CONDE (Mirándola compasivo.)  
¡Qué lástima de hermosura!

FLORA  
¡No viene! Y si en tanto sabe  
Tomasa que me escapé  
del encierro... ¡ay de mí!

EL CONDE (Con interés.)  
¡Qué!  
¿Te encierran?

FLORA  
Con doble llave.

EL CONDE (Aparte.)  
¡Infeliz! ¿Si tendrá accesos  
de furor?

FLORA  
Blasa la puerta  
me abrió, mas cuando lo advierta  
Tomasa, hará mil excesos:  
¡Y ya ves! Fuera gracioso  
que yo estuviera encerrada,  
estando ya desposada  
y hallándose aquí mi esposo.

EL CONDE  
¿Quién es él?

FLORA  
¡Luis! Claro está.

EL CONDE  
¡Cierto!

FLORA  
Salvó nuestra vida,  
y yo le amo agradecida  
porque es obligación ya.  
Hombres malos le obligaban  
a que diera -a su despecho-  
a otra mujer el derecho  
de amarle, y nos condenaban

a nosotras a la muerte;  
pero él dijo con valor:  
«¡Todos atrás! ¡Son mi amor!»  
y se cambió nuestra suerte.

EL CONDE  
Estás hablando en plural.  
¿Sois muchas?

FLORA  
¡Muchas!

EL CONDE  
¿Y todas  
tuvieron -como tú- bodas?  
¿Alegan derecho igual?

FLORA  
¿A qué cosa?

EL CONDE  
A ser amadas  
de Luis.

FLORA  
¡Todas!

EL CONDE (Riéndose.)  
¡Quién creyera  
que tal poligamia hubiera  
bajo este techo!

FLORA  
Me enfadas  
con esa risa burlona.

EL CONDE (Aparte.)  
¡Es archi-loca!... Me excita  
llanto y risa... ¡Pobrecita!

FLORA  
¿Piensas que miento?

EL CONDE  
Perdona...  
te presto completa fe.

FLORA

Eso sí; mas tu sobrino  
no viene, y yo determino  
buscarle doquier que esté.  
Si él se olvida de nosotras  
tan fácilmente...

EL CONDE

¡No tal!  
acaso, a fuer de leal,  
ahora acompañe a «las otras».

FLORA

Dices bien: sí que estará  
con ellas: corro al jardín.

EL CONDE

Mas dime antes, serafín,  
¿están «las otras» allá?

FLORA

¿Pues en dónde?

EL CONDE

Yo ignoraba

FLORA

¡Las hay muy raras, muy lindas!

EL CONDE

Me pasma que tú prescindas...  
Una rival nunca alaba.

FLORA

Yo las amo con furor.

EL CONDE

¡Eso es grandeza de alma!

FLORA

Mas Luis se lleva la palma  
sobre ellas.

EL CONDE

¡Sublime amor!

FLORA (Con entusiasmo, y como si al describir las flores las viese delante,)

Hay anémonas, mosquetas,  
camelias pintadas, rojas,  
jazmines de dobles hojas,  
pensamientos y violetas.  
Se mece la francesilla  
en faz del humilde acanto,  
y junto al rojo amaranto  
la tricolor maravilla.  
Con la blanca tuberosa  
se enlaza la ardiente dalia,  
y el áureo lirio de Italia  
con la bengálica rosa.  
De la nocturna silena  
se alza al par el girasol,  
y el purpurado ababol  
junto a la nivea azucena.  
¡En fin, allá verás tú  
con la rosa alejandrina,  
los claveles de la China  
y heliotropos del Perú!

EL CONDE

¡Conque, «las otras» son flores?

FLORA

¡Claro!

EL CONDE

Las suegras dichosas  
son entonces, que no esposas  
de Luis.

FLORA

Sus tiernos amores  
somos todas; mas ya ves  
que no vuelve...

TOMASA (Dentro)

¡Luces, Blasa!

FLORA

¡Ay, Dios!, ¡que viene Tomasa!...  
Pero yo apelo a mis pies.

EL CONDE  
¡Aguarda! Yo te defiendo.

FLORA  
Es que de ti no me fío.

EL CONDE  
¿Cómo no, si soy tu tío?

FLORA  
Ya estoy sus pasos oyendo...

EL CONDE  
¡Atiende!  
(Deteniéndola.)

FLORA  
No puede ser,  
porque si llega me atrapa.

EL CONDE  
Pero...

FLORA  
¡Suelta!

EL CONDE  
¡Se me escapa!

FLORA (Al salir.)  
Nos volveremos a ver.

### *Escena VI*

El Conde y Tomasa

(Se va oscureciendo.)

EL CONDE  
Pobre niña!... Será hija  
tal vez de la jardinera.

TOMASA (Entrando con las luces.)

Buenas noches.

EL CONDE

Muy felices.

(Mirando a Tomasa con piedad.)

Si es su madre, hablarla de ella

y de su extraña locura

fuera acrecentar su pena.

(Tomasa se retira, el Conde se sienta.)

Dicen que un loco hace cien;

ya estoy mirando la prueba...

y no a cien, a mil podría

trastornarles la chaveta

esa chica encantadora...

Pero ¡qué extraña demencia!...

¿Será posible que Luis

se imagine?... Mas él llega.

### *Escena VII*

El Conde y don Luis

DON LUIS

Me han dicho que usted me llama.

EL CONDE

¡Hombre, sí! Conansia acerba

verte, hablarte he deseado;

y aunque en este instante amengua

la inquietud que me agitaba,

cierto encuentro y conferencia

que en esta sala he tenido,

todavía me interesa

mucho, el que expliques tú propio

la conducta extraña, necia,

que estás observando.

DON LUIS

¿Yo?...

EL CONDE

Prescindiendo de la ausencia

tan larga de esta mañana,

y de otras muchas rarezas,

¿quieres decirme a qué viene  
la predilección que ostentas  
por las flores? ¿Con qué objeto  
-desmandado en casa ajena-,  
su paladín te declaras,  
y estorbas que se obedezca  
al que ordenó destruirlas?  
¡Discúlpate, si es que aciertas!

DON LUIS

Conde, no niego que estoy  
dando muestras de simpleza  
y extravagancia; no niego  
que puede pensar cualquiera  
que soy imbécil o loco.

EL CONDE

Jurara por mi conciencia  
lo segundo, hace un instante,  
y aún dudo si...

DON LUIS

Mi cabeza,  
gracias a Dios, está sana;  
mas no mi pecho, que incendia  
un amor, que apenas nace  
cuando ya déspota reina.  
¡Tío!, adoro a una deidad.

EL CONDE

¡A una loca!

DON LUIS

¡Qué blasfemia!  
Si usted conociese a Flora...

EL CONDE

Sabe que acabo de verla.

DON LUIS

¡Usted!

EL CONDE

¡La he visto... y oído!

DON LUIS

¡Pues bien' ¿Qué dice, qué piensa  
de esa divina hermosura,  
de esa virgínea pureza?

EL CONDE

Que es lástima que se escape  
cuando Tomasa la encierra.  
¡Luis!, que admires los encantos  
de una hermosura halagüeña,  
no soy severo censor  
que muy a mal te lo tenga  
ni aun el día de tu boda,  
que a fe no es poca indulgencia.  
Pero que esa pobre niña  
-tan insensata cual bella-  
te fascine, te trastorne  
hasta el punto de que puedas  
decir y hacer tonterías,  
faltando a las conveniencias  
sociales... no hallo disculpa,  
y quiero ver la que alegas.

DON LUIS

Usted llama insensatez  
al candor, a la inocencia,  
que más me encantan en Flora  
que su angélica belleza.

EL CONDE

Y ¿es candidez el que abrigue  
la pretensión estupenda  
de ser hija de las flores?

DON LUIS

La infeliz no halla en la tierra  
seres tan puros y hermosos,  
ni que más se le parezcan.  
Y como ignora su origen,  
y una caricia materna  
no ha recibido jamás,  
en fin, como impresa lleva  
-cual sello que darla quiso  
la misma naturaleza-  
aquella flor misteriosa...

EL CONDE

(Levantándose.)

¿Qué sello, qué flor es ésta?

DON LUIS

¡Ah! ¿Conque, no sabe usted?  
Pues quiero, Conde, que entienda  
que es la historia de esa niña  
tan misteriosa y poética,  
que no es posible otra igual  
en fantástica leyenda.  
Le diré cuanto he sabido;  
verá usted qué coincidencias  
tan raras...

EL CONDE

Vamos adentro,  
porque alguien aquí se acerca.

(Llevándose a DON LUIS.)

DON LUIS

Es la insufrible nodriza.

### *Escena VIII*

Beatriz y después Tomasa

BEATRIZ

Porque me han visto se alejan;  
me adivinan el deseo.  
Buscar a Tomasa es fuerza  
y salir de estas congojas.  
Tal parece que penetra  
la maldita mis temores,  
y en prolongarlos se empeña.  
Pues dejo a Inés con su padre,  
corro al jardín...

TOMASA

(Aparte, entrando por otra puerta que la que para salir tomaba Beatriz.)

¡Qué perversa!

¡Se escapó! ¿Dónde habrá ido?

BEATRIZ

¡Tomasa!

TOMASA

¡Beatriz! ¡Qué perla  
es la niña!...

BEATRIZ

¡Chist!

TOMASA

Decía...

BEATRIZ

Baja la voz. Mi impaciencia  
por hablarte era muy grande;  
pero secreto, cautela  
en todo; existen motivos  
poderosos.

TOMASA

Por mi lengua  
nadie sabrá...

BEATRIZ

Bien me consta  
tu consumada prudencia.

TOMASA

Puedes estar muy tranquila,  
pues sabiendo que no peca  
por muy reservado Juan,  
procuré que ni aun sospechas  
de la verdad concibiese.

BEATRIZ

¿Conque, él no sabe?...

TOMASA

Ni sueña  
en saber; como es así,  
tan inocentón... tan bestia,  
por explicarme más claro,  
logré que se persuadiera  
de que las flores le daban  
aquel fruto.

BEATRIZ  
Mas no creas  
que tal absurdo...

TOMASA  
El bendito  
se lo tragó como breva.

BEATRIZ  
Pero al ver que recibías  
cantidades...

TOMASA  
Bueno fuera  
que a sus narices llegara.  
¡Bah!, no soy tan inexperta.  
Tus regalos, prima mía,  
son de mi bolsa secreta.  
¡Pues si él es más manirroto!  
Además, que la reserva  
que exigiste...

BEATRIZ  
Sí, Tomasa,  
y hoy más te la recomienda  
tu Beatriz agradecida.

TOMASA  
Motivos tengo de quejas,  
mas no por eso...

BEATRIZ  
Yo espero  
que has de quedar satisfecha:  
pero dime -antes que todo-  
¿dónde la niña se encuentra?  
¿En dónde habita?

TOMASA  
En la casa.

BEATRIZ (Con ansiedad.)  
¿En qué casa?

TOMASA  
¡Toma!, en ésta.

BEATRIZ

¡En ésta! ¡Cielos! ¿Qué has dicho?

TOMASA

La encerré; pero es traviesa  
como ella sola, y logró...

BEATRIZ

Todas las carnes me tiemblan.

TOMASA

¿Temes tal vez?

BEATRIZ

¡Yo estoy fría!

TOMASA

¡Bah!, no eres tú la primera  
que...

BEATRIZ

¡Tomasa!, si evitar  
quieres desdichas inmensas,  
es menester que esta noche  
la niña desaparezca.

TOMASA

Pero... Me asustas, Beatriz.  
¿Es porque el novio...?

BEATRIZ

Está envuelta  
en un misterio espantoso  
de esa niña la existencia.

TOMASA

¿No es tu hija?

BEATRIZ

¡Lo es del infierno!

TOMASA

¡Santa Virgen!

BEATRIZ

Como puedas  
de aquí alejarla, no importa  
el modo... apruebo cualquiera  
que propongas.

TOMASA

Yo abrigaba,  
antes de hoy, la mala idea  
de vengarme de tu olvido,  
haciendo que no volvieras  
a verla.

BEATRIZ (Con viveza.)

Y ¿cómo pensabas  
lograrlo? ¿De qué manera?

TOMASA

¡Ah, Tomasa! ¡Ése es mi anhelo!,  
que la cosa es como suena;  
que si el plan se verifica  
jamás volverás a verla.

BEATRIZ

¡Ah, Tomasa! ¡Ése es mi anhelo!,  
¡separación larga... eterna;  
que nunca este aire respire;  
que nunca a este suelo vuelva!

TOMASA

Pues entonces no hay que hablar:  
descansa; la cosa es hecha.  
Cuando espese más su manto  
la noche, que ya comienza,  
la fragata de Beltrán,  
la Tisbe, se da a la vela

BEATRIZ

¿Y qué?

TOMASA

¿No lo has entendido?

BEATRIZ

Ese Beltrán...

TOMASA

Se la lleva,  
la muda el nombre, y jamás...

BEATRIZ

¡Ah! ¡Sí, tu idea es soberbia!  
Pero ¿él querrá?.

..

TOMASA

Lo propuso  
él mismo; ternura extrema  
tiene por Flora; adoptarla  
promete...

BEATRIZ

¡No te detengas!  
Vas y entrégasela al punto,  
con la condición expresa  
de que nadie, en ningún tiempo,  
-aun cuando tú misma seas-,  
alcanzará a descubrir  
el paraje de la tierra  
en que oculte para siempre  
a esa chiquilla funesta.

TOMASA

Yo misma iré a conducirla;  
tus inquietudes sosiega;  
y cuando oigas que a distancia  
un cañonazo resuena,  
sabe que ya va tu Flora  
navegando para América.

BEATRIZ (Dándole un bolsillo.)  
Por si ocurriese algún gasto..

.

TOMASA (Tomándolo.)  
Nunca daña; adiós.

BEATRIZ

¡Presteza!

*Escena IX*

Beatriz

BEATRIZ

Respiro, en fin; ¡se dilata  
mi corazón!... Recompensa  
tendrá Tomasa muy grande;  
cuanta permita mi hacienda.  
Vuelven el Conde y don Luis.

*Escena X*

El Conde, don Luis y Beatriz

(Salen DON LUIS y el Conde, éste distraído y preocupado.)

DON LUIS

Sí, señor... (Aparte.) ¡Aquí esta vieja  
permanece!...

BEATRIZ

Advertiré  
que cuando el vicario venga...

DON LUIS (Impaciente.)

Sí, vaya usted, sin tardanza,  
y cuanto le plazca advierta.

BEATRIZ (Resentida.)

Obedezco. (Aparte.) ¡Vaya un novio  
amable!... Ya no me peta.

*Escena XI*

El Conde y don Luis

DON LUIS

Pues sí, Conde, yo no puedo  
mi palabra retirar;  
mas no me quiero casar...  
Ni avanzo, ni retrocedo.

EL CONDE (Siempre preocupado.)

¿Conque, es una flor de lis  
la que tiene Flora impresa?

DON LUIS

¡Perfectísima! Ya es ésa  
mi estrella polar.

EL CONDE

¡Oh, Luis!...  
no hay que ceder imprudente  
a una impresión pasajera.

DON LUIS

¡Morirá cuando yo muera  
la que hoy mi corazón siente!

EL CONDE

A cada nuevo capricho  
la eternidad se le endosa  
a tu edad; mas no hay tal cosa.

DON LUIS

Lo que creo es lo que he dicho.

EL CONDE

Pues es falsa la creencia;  
y crimen negro sería  
pagase tu error de un día  
de esa niña la inocencia.  
La bella edad como espuma  
se desvanece, mas queda  
-sin que nadie huirla pueda-  
la conciencia, que nos suma  
con tremenda exactitud  
cuántas lágrimas costaron  
los deleites que volaron  
con la loca juventud.

DON LUIS

Antes que turbar de Flora  
la existencia grata y pura,  
renunciara a la ventura  
mi corazón, que la adora.

EL CONDE (Aparte.)

¡La flor de lis!

DON LUIS

Sólo anhelo  
mi libertad, mi albedrío...  
Sálveme usted, caro tío,  
y el premio le guarde el cielo.  
En estas manos me pongo,  
(Tomándoselas afectuoso.)  
míreme usted compasivo;  
a fuer de humilde cautivo  
nada hago, nada dispongo...  
pero aguardo, aguardo ansioso  
que usted mis grillos quebrante;  
pues tanto cual fino amante  
soy sobrino respetuoso.

EL CONDE (Mirando dentro.)  
Bien, hombre, sí; mas te ruego...  
Viene a esta sala el Barón.

DON LUIS

No me hallo en disposición  
de soportarlo. Hasta luego.

*Escena XII*

El Conde y el Barón

EL CONDE (Aparte.)  
¡Una flor de lis!...

EL BARÓN  
¡Ay, Conde!  
¡Estoy muerto! ¡Soy perdido!

EL CONDE  
Amigo, ¿qué ha sucedido?

EL BARÓN  
Por mí este duelo responde.  
Usted la razón tenía,  
usted dijo la verdad...  
¡Qué horrenda fatalidad!  
¡Qué negra estrella la mía!

EL CONDE

Inés...

EL BARÓN

¡Ay! ¡No queda duda!

¡Ya ha entregado la patente!

EL CONDE

¿Conque...?

EL BARÓN

¡Demente!... ¡demente!

EL CONDE

¡Padre infeliz!...

EL BARÓN

No está muda

por desgracia... ¡Habló sobrado!

EL CONDE

Y ¿mostró claro...?

EL BARÓN

¡Ay de mí!

¡Si aquello ya es frenesí!

Trémulo salgo, espantado.

Grita que siempre delante

tiene aquella infausta flor

de lis, que brotó en mal hora...

EL CONDE

¿De lis?...

EL BARÓN

Y se agita y llora,

mostrando acerbo dolor.

EL CONDE

¿La flor de lis?... ¡Siempre ella!

¡Siempre esa misma!... Y yo aquí

(Golpeando su frente con la mano.)

la tengo también... ¡sí! ¡sí!...

¡La veo encarnada y bella!...

(El Barón mira al Conde, espantado.)

¿Cuándo?... ¿Dónde?... ¡No lo sé!...  
Guardo un recuerdo confuso...  
Esa flor... ¿quién me la puso  
aquí?... Por que está... J si a fe!  
(Golpeándose en la frente de nuevo.)  
El Barón (Aparte, retrocediendo.)  
¡Qué es esto!...

EL CONDE  
¡Tantos han sido  
de aquella edad borrascosa.  
los recuerdos!... pero es cosa  
que no ha tragado el olvido  
completamente. Aunque vaga,  
oscura, aquí la hallo impresa...  
y es esa flor... ¡ésa! ¡ésa!

EL BARÓN (Aparte.)  
¡Jesús divino! ¡Qué plaga  
nos cae!... ¡El Conde también!

EL CONDE (Cada, vez más preocupado.)  
¿En qué ha jugado esa flor?...

EL BARÓN (Aparte.)  
¡Sólo yo falto, Señor!  
¡Piedad de mí!, ¡piedad ten!

EL CONDE (Acercándose al Barón, que le huye medroso.)  
Barón, oiga usted...

EL BARÓN  
Sí... vuelvo...  
(Aparte.)  
Éste debe ser furioso.

EL CONDE  
¡Qué recuerdo tenebroso!

EL BARÓN (Aparte.)  
Huir de esta casa resuelvo  
sin demora; el maleficio  
ya es patente. ¡Cielos santos!  
¡Que yo al menos, entre tantos,  
logre escaparme con juicio!  
(Se va corriendo.)

*Escena XIII*

El Conde, luego doña Inés y Beatriz

EL CONDE

Esa flor hizo un papel  
en mi vida de mancebo...  
y casi a decir me atrevo  
que debe haber mucha hiel  
en esa historia...

DOÑA INÉS (Dentro.)

¡Beatriz,  
déjame!...

EL CONDE

¡Inés!

BEATRIZ

¡Tente!

DOÑA INÉS

¡No!

Con DON LUIS he de hablar yo.

(Sale doña Inés a la escena, desmelenada, el rostro  
desencajado, y desordenado el vestido.)

BEATRIZ

¡Qué vas a hacer, infeliz!

EL CONDE (Llegándose a doña Inés.)

Señora...

DOÑA INÉS

¡Ah, Conde!... ¿es usted?

Yo buscaba a su sobrino...

porque decir determino

a él y a todos...

BEATRIZ (A doña Inés en tono suplicante.)

¡Por merced!

DOÑA INÉS

No puedo ya sufrir más;  
¡Harto he callado por ti!...  
El cielo ordena que aquí  
rompa el silencio...

BEATRIZ  
(Bajo a doña Inés.)  
¡Jamás!

EL CONDE (Acercándole una silla.)  
Sosiéguese. usted; yo anhelo  
complacerla en cuanto mande;  
pero su emoción es grande  
en este momento.

DOÑA INÉS (Sentándose, toda trémula.)  
¡Oh, cielo!  
¡Si es tan amarga, tan triste  
la historia que a contar voy!

BEATRIZ (Al Conde, bajo.)  
No está en su acuerdo.

DOÑA INÉS (Que la oye.)  
Sí estoy.  
(Con tono solemne, poniéndose una mano en el pecho.)  
¡Conde! Aquí un secreto existe.  
Cuando mi mano otorgué  
al que cual padre le mira,  
puedo decir -sin mentira-  
que lo hice porque no hallé  
en mi vida dolorosa  
falta que la desluciera,  
y que a mis ojos me hiciera  
indigna de ser su esposa.  
Si no le amaba, mi amor  
a él tampoco le pedía,  
de su aprecio me creía  
merecedora en mi error.

BEATRIZ  
Inés

EL CONDE (Desviando a Beatriz.)  
¡Aparta! Prosiga  
usted, señora, con calma.

(Se sienta a su lado.)

DOÑA INÉS

Llevaba siempre en el alma  
una memoria, enemiga  
de mi reposo.

BEATRIZ (Aparte.)

¡Qué empeño!

DOÑA INÉS (Con agitación creciente.)

Y recatarla pensaba  
de quien mi padre me daba  
por compañero, por dueño.  
De mi inocencia segura,  
un delito no creía  
aquella reserva mía;  
pero Dios, desde su altura,  
la juzgó de otra manera,  
y aquí dispuso que Luis  
¡dos veces la flor de lis  
ante mi vista ofreciera!

EL CONDE (Con interés muy vivo.)

¿La flor de lis?...

DOÑA INÉS

En su pecho  
la ostentaba esta mañana;  
y esta tarde...

BEATRIZ

¡Cesa, insana!

DOÑA INÉS

Esta tarde a mi despecho  
me la presentó el impío,  
como fatídica ofrenda...  
¡Oh!, la impresión fue tremenda,  
mas comprendí el deber mío.

EL CONDE (Vivamente.)

Aquella flor...

DOÑA INÉS

Su atención  
présteme, Conde, un momento.

EL CONDE  
Hable usted; la escucho atento.  
(Aparte.)  
¿Por qué tiemblas, corazón?

DOÑA INÉS  
Desde muy niña vivía  
siempre en retiro profundo,  
y muy ajena del mundo,  
en Castellón con mi tía.

EL CONDE  
¿En Castellón?...

DOÑA INÉS  
Allá era  
donde el invierno pasaba,  
y en donde me fastidiaba  
de una vida triste, austera;  
mas en la bella estación  
se calmaban mis pesares.  
A cien pasos del Mijares  
una hermosa posesión  
conservó siempre mi tía,  
y durante los calores  
allí -a vivir con las flores,  
que eran la delicia mía-  
acostumbraba llevarme,  
y entonces me contemplaba  
tan dichosa, que no hallaba  
con quién poder compararme.

EL CONDE (Con interés y agitación crecientes.)  
¡Prosiga usted!

DOÑA INÉS  
Del jardín  
yo propia quise cuidar,  
y era todo mi anhelo  
que de uno al otro confín  
de la tierra, no existiera  
planta peregrina y rara  
que en mi vergel no se hallara,

y tributo me rindiera.  
Por una, empero, ostentaba  
predilección decidida...  
por una, ¡oh Dios!, que a mi vida  
ponzoña horrible guardaba.  
Cuando su primer capullo  
abrió la planta funesta,  
fue día en casa de fiesta,  
y yo -con gozo y orgullo-  
en mi cabello hice alarde  
del tesoro que obtenía,  
y a ostentar fui mi ufanía  
por el campo aquella tarde.

(El semblante y gestos del Conde revelan los recuerdos que el relato de doña Inés  
despierta en su mente.)

EL CONDE  
¿Era una tarde?...

DOÑA INÉS  
En el río  
me contemplaba serena,  
cuando de pronto resuena  
cercano un tiro.

EL CONDE (Aparte.)  
¡Dios mío!...

DOÑA INÉS  
Al margen, puesta de hinojos,  
yo en las aguas me miraba  
y a mi flor acariciaba...

BEATRIZ (Acercándose.)  
¡Cesa!

DOÑA INÉS  
Y al alzar los ojos  
asustada por el tiro,  
me hallo al frente un cazador...  
¡Luego, al bajarlos, mi flor  
envuelta en las ondas miro!

EL CONDE  
¡Ah!, ¡sí!...

DOÑA INÉS

La veo impelida  
por la impetuosa corriente,  
y fascinada, demente,  
de un vértigo poseída,  
queriendo asirla, me inclino  
con ímpetu, y caigo al agua...  
¡Por tan leves medios fragua  
nuestra desdicha el destino!

EL CONDE

¡Basta!

BEATRIZ

¡Inés!

DOÑA INÉS

No sé nadar...  
Por la corriente arrastrada  
debí morir ahogada  
¡mas no me quiso otorgar  
tan grande ventura Dios!  
El mismo que causa fue  
de mi susto, caer me ve  
y se arroja de mí en pos,  
logrando en breve sacarme  
a la orilla; mas, ¡ay!, tanto  
aún era, Conde, mi espanto,  
que apenas llegué a mirarme  
en tierra, y en el momento  
en que él gritó: «¡Salva estás!»,  
ya no pude entender más  
Quedé sin conocimiento.

EL CONDE (Se cubre la cara con las manos.)

¡Oh, Dios!

BEATRIZ (Bajo a doña Inés.)

¡Hija!, ¡por tu honor!

DOÑA INÉS (Sin atender ni a lo que la dice Beatriz, ni al dolor y a la vergüenza que manifiesta el Conde.)

Cuando el sentido cobré,  
bajo de un árbol me hallé,

¡sola!... ¡sola!

(Se levanta con la mirada extraviada. El Conde se levanta también.)

Mas la flor

sobre mi seno veía,

y en ella estaba grabada,

y patente a mi mirada,

línea fatal, que decía:

«Consévala por recuerdo

de mi rápida ventura...»

EL CONDE (Aparte, como si quisiera huir de sí mismo.)

¡Ah!

BEATRIZ

¡No es cierto! ¡Qué locura!

DOÑA INÉS (Casi delirante.)

¡Y nunca de vista pierdo

desde tan horrible instante

aquel recuerdo infernal!

¡Siempre aquel río fatal

me lo está echando delante!...

(Como si le viera ante sus ojos.)

¡Y gira la flor maldita,

y veo -entre mil congojas-

que va ostentando en sus hojas

mi eterna deshonra escrita!

EL CONDE

¡Inés! ¡Inés!...

BEATRIZ

¡Desdichada!

DOÑA INÉS

No la disipa la luz,

ni de la noche el capuz

logra dejarla eclipsada.

El huir de ella es vano empeño;

nada durmiendo consigo

¡La tengo siempre conmigo

en la vigilia y el sueño!

(Tocando su frente.)

¡Aquí sus hojas se imprimen,

y cual las guarda mi mente

las tuvo el fruto inocente

de aquel espantoso crimen!

EL CONDE (Con extrema agitación.)  
¡Cómo!

DOÑA INÉS  
La niña infeliz  
que un solo beso alcanzó  
de su madre, y que murió  
en los brazos de Beatriz,  
¡cual signo de desventura  
en su cutis blanco y bello  
sacó, al nacer, aquel sello  
que llevó a la sepultura!

EL CONDE  
¡Te engañaron, Inés!

DOÑA INÉS  
¡Qué!...

EL CONDE  
¡Sí! ¡Te engañaron! ¡No ha muerto!

DOÑA INÉS  
¿Mi hija?...

EL CONDE  
¡Vive!

DOÑA INÉS  
¿Vive?

BEATRIZ  
¡Cierto!  
¡Mas perdón! Yo te engañé,  
a tu tía obedeciendo.

DOÑA INÉS  
¡Mi hija vive!

EL CONDE  
¡Y está aquí!  
¡Bajo este techo!

DOÑA INÉS

¡Dios mío!

EL CONDE

¡Él dispone, justo y pío,  
que la recibas de mí!  
¡La vas al punto a abrazar!

DOÑA INÉS

¡Ah!

(El Conde va a salir precipitado, y suena en el mismo instante el cañonazo.)

BEATRIZ

¡Ya es tarde, señor Conde!

DOÑA INÉS

¿Tarde?...

EL CONDE

¿Qué has dicho? ¡Responde!

BEATRIZ

Que ya nos llega a anunciar  
aquel ronco cañonazo

DOÑA INÉS (Con ansiedad creciente.)

¿Qué?

EL CONDE

¿Qué?

BEATRIZ

Por salvar tu honor  
lo dispuse, y con dolor  
ahora, Inés, tus pies abrazo.  
(Se echa a los pies de doña Inés.)

DOÑA INÉS

¡Oh! ¡Cada acento me mata!...

EL CONDE

¡Pronto la verdad pronuncia!

DOÑA INÉS

El cañonazo, ¿qué anuncia?...

BEATRIZ

Que surca el mar la fragata  
que a la que abrazar deseas  
va a lanzar a playa ignota...

DOÑA INÉS

¡Cielos! Mi cáliz se agota...

¡Yo espiro!...

(Doña Inés se deja caer en la silla que antes ocupó; el Conde acude a sostenerla, rechazando a Beatriz, y pronuncia la maldición que termina la escena.)

EL CONDE

¡Maldita seas!

*Escena XIV*

El Conde, doña Inés, Beatriz, el Barón y Tomasa

EL BARÓN (Que entra sofocado.)

¡Déjame!

TOMASA

Justicia pido.

EL BARÓN

¡Esto más!

TOMASA

¡Demanda entablo!

EL BARÓN

¡Que no te llevara el diablo!

TOMAS

¡Mi hija con don Luis ha huido.

(A estas palabras de Tomasa, el Conde presta atención con movimiento muy vivo.)

Al Cabañal la llevaba,

y él al camino salió

y osado me la robó.

EL CONDE

¡Oh, Inés! ¡Al Eterno alaba!

DOÑA INÉS

¿Qué?...  
(Se pone en pie.)

*Escena XV*

El Conde, doña Inés, Beatriz, el Barón, Tomasa, don Luis y Flora

DON LUIS (Dentro todavía.)  
No temas; nuestros lazos  
eternos son desde ahora.  
(Entra con Flora.)

EL CONDE  
¡Luis!...

DON LUIS  
¡Conde!, ¡mi esposa es Flora!

EL CONDE (Arrojándola en brazos de doña Inés.)  
¡Ve de tu madre a los brazos!

DOÑA INÉS  
¡Ah!

DON LUIS  
¡Su madre!...

TOMASA (Aparte.)  
¡Absorta estoy!

FLORA  
Mi madre!

DOÑA INÉS (Que busca y halla la flor de lis, impresa en el hombro de Flora.)  
¡La veo!... ¡es ella!  
¡La flor!... ¡Mi hija!... ¡mi hija bella!  
(La abraza y la besa con alegría delirante.)

EL CONDE (Aparte.)  
Desde este instante otro soy.

FLORA  
¡Oh!... ¡qué gozo!

DON LUIS  
¡Fausta noche!

EL BARÓN  
(Que está algo desviado del grupo que forman los demás.)  
¡Señor!, ¿no habrá quien los ate?  
¡Todos lo están... de remate!

*Escena XVI*

El Conde, doña Inés, Beatriz, el Barón, Tomasa, don Luis, Flora y Juan

JUAN (Saliendo.)  
Llegó el vicario en el coche.

EL BARÓN  
Para completar la fiesta  
eso faltaba.

EL CONDE  
¡Que entre!

EL BARÓN  
¿Para qué?, ¿para que encuentre...?

EL CONDE  
La capilla está dispuesta.

EL BARÓN  
Pero ¿a quién ha de casar?

EL CONDE  
Como obtenga su perdón,  
al Conde de Mondragón  
con doña Inés de Povar.  
(Se arrodilla delante de doña Inés.)

DOÑA INÉS (Retrocediendo y mirando al Conde con espanto.)  
¡Dios!

EL CONDE  
Si demanda a tus pies  
un criminal tal ventura,

¡no por él, por su hija pura,  
acoge su ruego, Inés!

DOÑA INÉS (Abrazando de nuevo a su hija.)  
¡Ah!

EL BARÓN  
¡Ya pasa de locura!

DON LUIS  
¿No es sueño?

DOÑA INÉS  
¡Oh, hija querida?  
(Doña Inés parece vacilar un momento, y luego dice.)  
¡Llega a tu padre!  
(El Conde se levanta y abraza a Flora.)  
¡Ah!

JUAN (Aparte.)  
¡Su padre!...

FLORA (Entre el Conde y doña Inés, que la acarician.)  
¿Conque, tengo padre y madre?

EL CONDE (Señalando a don Luis.)  
¡Y esposo, luz de mi vida!

EL BARÓN (Aparte.)  
Te darán cuanto les cuadre.

EL CONDE  
¡Hija!... ¡esposa!...

JUAN (Aparte.)  
Yo estoy tonto.

DOÑA INÉS  
¡Dios mis pesares compensa!

EL BARÓN  
Si de aquí no escapo pronto,  
el contagio... ¡Mas lo afronto!

FLORA (Con emoción.)  
Aunque es mi ventura inmensa

por tal familia alcanzar,  
¡padre!, ¡madre!, el corazón,  
en su tierna agitación,  
como que siente un pesar...  
(Movimiento de inquietud del Conde y de doña Inés.)  
Porque mis flores, ¿qué son?  
¿Qué son, caro Luis, mis flores?...  
(A estas palabras de Flora, Juan corre y entra en una  
pieza, de la que sale con una cesta llena de flores.)

DON LUIS

Disipa, mi bien, tu pena,  
que ellas forman la cadena  
de nuestros puros amores.

JUAN

¡Aquí hay una cesta llena!  
¡Para adorno del altar  
esta tarde las cogí;  
pero te las riego aquí,  
para vértelas pisar!  
(Echa las llores a los pies de Flora.)

FLORA (Con entusiasmo.)

¡Sí, Juan!, ¡espárcelas!, ¡sí!  
Y que esa alfombra se extienda,  
¡oh padre!, ¡oh madre querida!,  
embalsamando la senda  
de vuestra apacible vida.

EL CONDE

¡Flora!

DON LUIS

¡Amor!

DOÑA INÉS (Besándola.)

¡Mi dulce prenda!  
¡Oh padre! La bendición  
dele a su nieta inocente.  
(Los tres se acercan al Barón, Flora en medio.)

EL CONDE

Y perdone a un delincuente  
en un amigo, Barón.

EL BARÓN (Aparte, entre conmovido y asustado.)  
¡No sé lo que el alma siente!...  
Perdono con mil amores...  
y bendigo, si eso es poco...

JUAN  
¡Viva la hija de las flores!

FLORA(Acariciando al Barón.)  
¡Y su abuelito!

EL BARÓN (Que parece luchar en vano contra el ascendente de aquella caricia, y que mira a Flora embelesado.)

¡Ay señores!...  
¡Me declaro también loco!

(Abraza a Flora.)